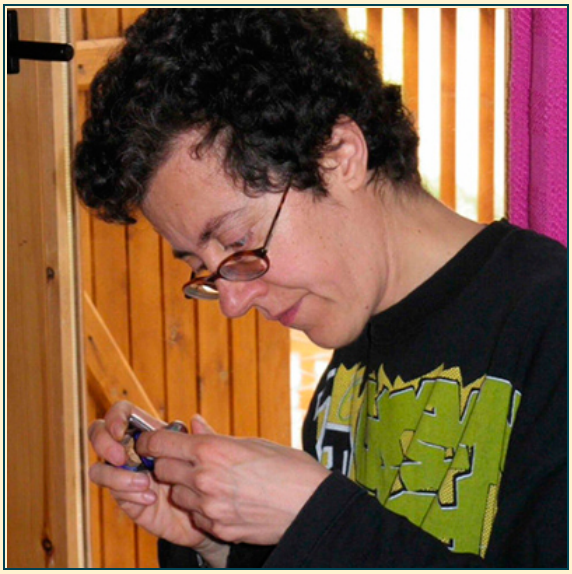
EL INFORME MONTEVERDE
LOLA ROBLES
Crononauta

EL INFORME
MONTEVERDE

LOLA ROBLES



Lola Robles

1963, Madrid

Lola Robles es una de las escritoras españolas de ciencia ficción con perspectiva de género más apreciada. Sus obras tienen un cariz activista, donde temas como el pacifismo, la ecología y el feminismo se entremezclan con las líneas argumentales de manera natural.

Licenciada en Filología Hispánica, Robles no solo ha publicado novelas como *La rosa de las nieblas*, *Yabarí* y *El árbol de Sefarad*, sino que ha sido una de las seleccionadoras de la antología Visiones del año 2016 (Asociación

Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror).

Más información de la escritora en la **web de Crononauta** y en su página web:

escritorasfantastikas.blogspot.com.es

Sinopsis

La poderosa Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares encomienda a Rachel Monteverde la investigación sobre el remoto planeta de Aanuk. Allí habitan dos especies que apenas se relacionan entre sí: los aanukiens, nómadas y alegres, y los misteriosos fihdia, cuya ceguera congénita y vida en las cavernas los aísla de sus compañeros de mundo y, a su vez, del resto de especies de la galaxia.

Fragmentos del informe se intercalan aquí con entrevistas y el cuaderno personal de la doctora, cuyas impresiones sobre el planeta, junto a la dificultad al traducir lenguajes y costumbres de estos pueblos, no solamente terminan por transformarla a ella, sino que suponen un ejercicio de exploración en la esencia de los vínculos humanos.

Ir al **ÍNDICE**

El Informe Monteverde

© Lola Robles, 2005

ARTE Y DISEÑO DE LA CUBIERTA:
Marina Vidal

ILUSTRACIONES:
Marina Vidal

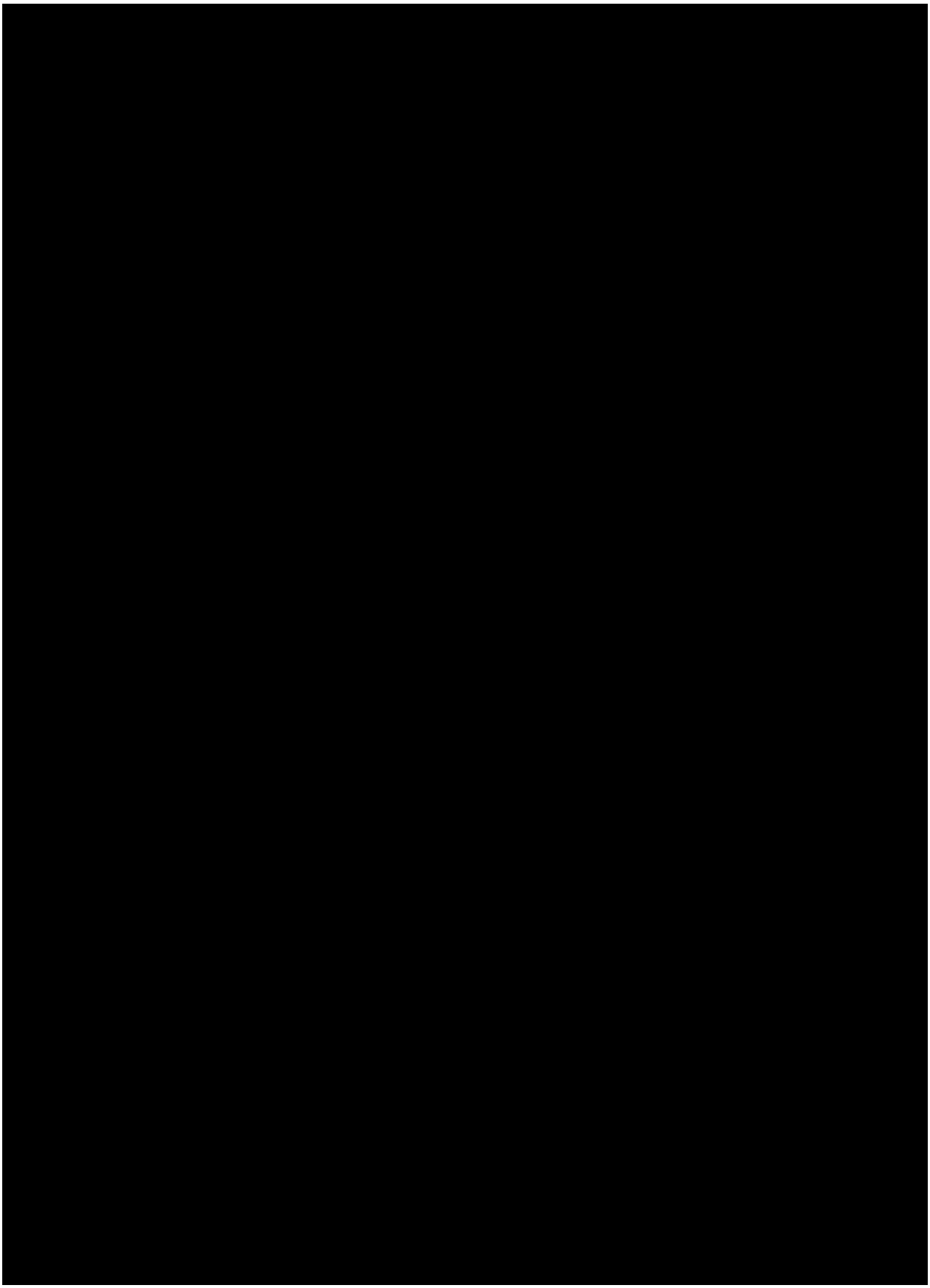
EDITORIAL:
Crononauta

www.crononauta.es

FECHA DE PUBLICACIÓN:
15 de mayo de 2018

ISBN:
978-84-947958-2-4

Lola Robles
EL INFOME MONTEVERDE
EDICIÓN DIGITAL 2020

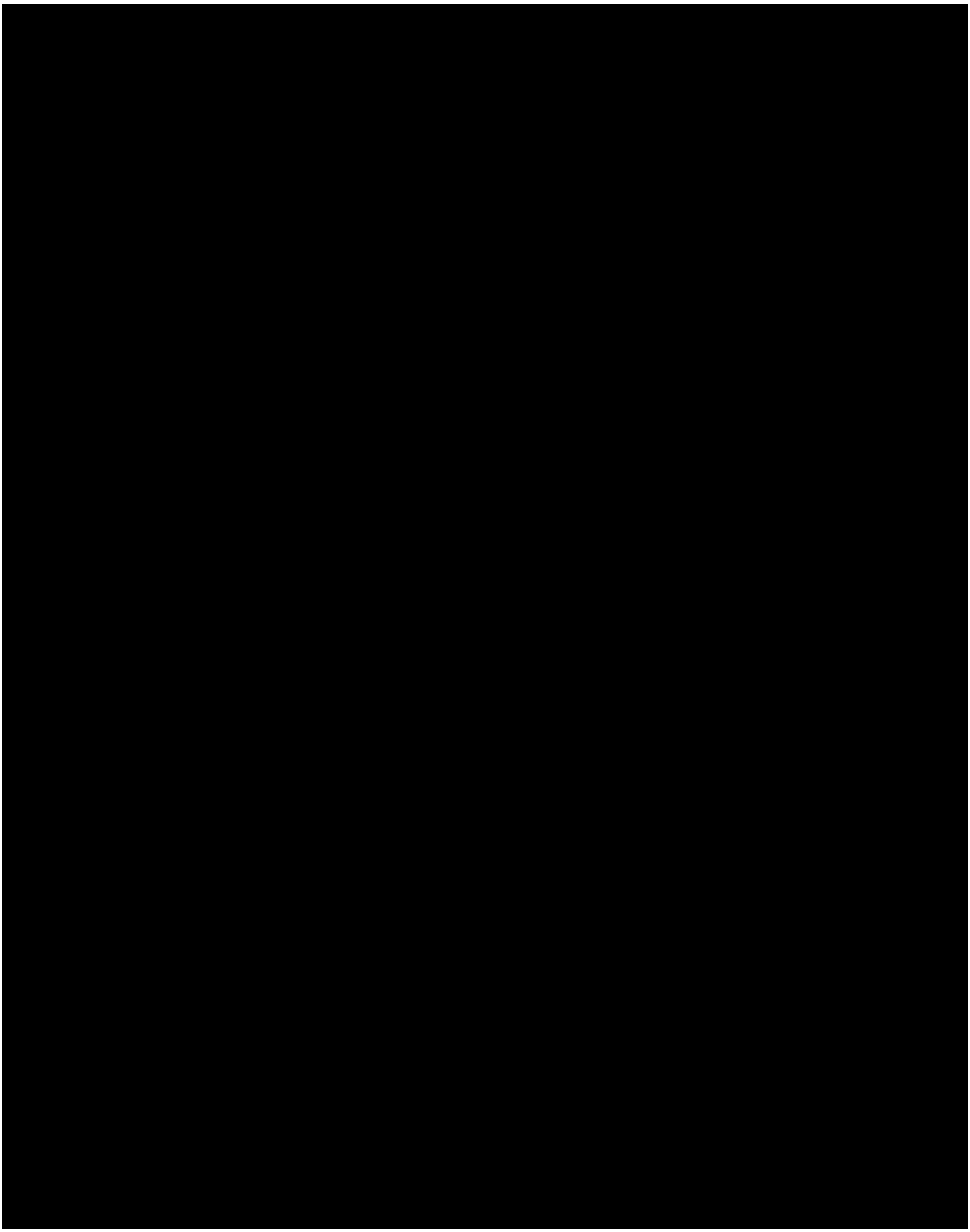


EL INFORME MONTEVERDE

LOLA ROBLES

ILUSTRACIONES DE MARINA VIDAL

Crononauta



Nota preliminar

A principios de siglo, la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares envió a la lingüista terrestre Rachel Monteverde al planeta exterior Aanuk, para que estudiase la lengua y la cultura de sus habitantes.

El resultado de sus investigaciones fue una obra de más de trescientas páginas, *El informe Monteverde: Primera aproximación al estudio de las lenguas del planeta exterior Aanuk*, publicado como tesis doctoral de su autora, al regreso de su viaje. Pocos años después, la doctora Monteverde decidió editar también una versión resumida del mismo, junto con el cuaderno personal que había escrito durante su estancia en Aanuk. Ambos textos se convirtieron en manuales imprescindibles para los exploradores lingüistas que intentaban investigar los idiomas de cualquier mundo habitado.

Entrevista a la doctora Rachel Monteverde

Por H. S. A. Jartum

Nueva Enciclopedia galáctica

Pero salgamos al jardín, mi querida Hannah Sweet Angélica, qué nombre tan bonito el suyo; allí tomaremos el té y unos pasteles que yo misma he preparado. En esta época del año el jardín es el mejor lugar de la casa para pasar la tarde, el más fresco, hablaremos más a gusto. ¿Quiere un poco de leche con el té? Yo lo tomo siempre así, me siento entre mis plantas y flores, y charlo con mi hijo Narsak cuando está en casa, o leo, o simplemente me dedico a pensar, a recordar… Ya sabe, los viejos nos deleitamos con los recuerdos, así que puede usted preguntarme cuanto quiera sobre los años que pasé en Aanuk, pero no me deje divagar mucho, acostumbro a hacerlo demasiado, cosas de viejos también…

Aanuk… Entre todos esos recuerdos, sin duda el tiempo aquel es uno de los que me han dejado una impresión más viva. A veces me sorprende que me venga a la memoria con tanta intensidad, como si aquel viaje hubiese ocurrido hace muy poco. Por supuesto, Aanuk no solo me dio ese *Informe* que usted ha leído; me dio también a mi hijo, así que sería imposible que yo no recordara aquel mundo cada día, con solo mirarlo. ¿Fueron los mejores años de mi vida? No lo sé. Siempre me ha parecido triste hablar de los años mejores, el amor más grande, sobre todo cuando se tiene vida por delante para encontrar

otro amor, experiencias nuevas; ni siquiera yo, ahora, tan vieja como soy, deseo hacer balance todavía. Ay, como la avisé, ya me estoy yendo por planetas lejanos…

Usted ha venido a que le hable de Aanuk. Sabrá que lo llamaban el Planeta Paraíso… pues aun siendo un mundo pequeño y remoto de la Zona Exterior, era asimismo tan cálido y hermoso que durante mucho tiempo se convirtió en refugio y lugar de descanso de navegantes estelares, exploradores y aventureros, hasta que, poco a poco, la fama de sus excepcionales condiciones de clima y paisaje lo hicieron también destino de los más lujosos cruceros turísticos: ningún millonario podía presumir de sus viajes si no había estado allí. Esto último ocurrió a principios de nuestro siglo terrestre, como sin duda también sabrá usted. Y que luego la crisis económica, que afectó a casi todos los planetas desarrollados, acabó con tantos de esos millonarios que se hizo imposible mantener un turismo regular hacia un mundo tan distante como Aanuk y, en general, a cualquiera de la Zona Exterior. Aanuk desapareció de los mapas de las agencias de viajes estelares, pues solo podía ofrecer su belleza a los visitantes y ¿de qué sirve la belleza cuando resulta o parece inalcanzable? ¿No ha observado que en ocasiones las personas más guapas tienen peor éxito que otras menos atractivas, precisamente porque pocos se atreven a intentar seducirlas? Aquel mundo fue olvidado y olvidado sigue hoy.

Cuando recibí su carta, querida amiga Hannah Sweet Angélica, solicitándome esta entrevista, me sorprendió que alguien tan joven, sin ser lingüista, hubiera elegido Aanuk como objeto de estudio, y nada menos que en un proyecto tan importante y ambicioso como es la *Nueva Enciclopedia Galáctica*. Pensé que en realidad le habían impuesto el tema, es algo normal en este tipo de trabajos. Pero al

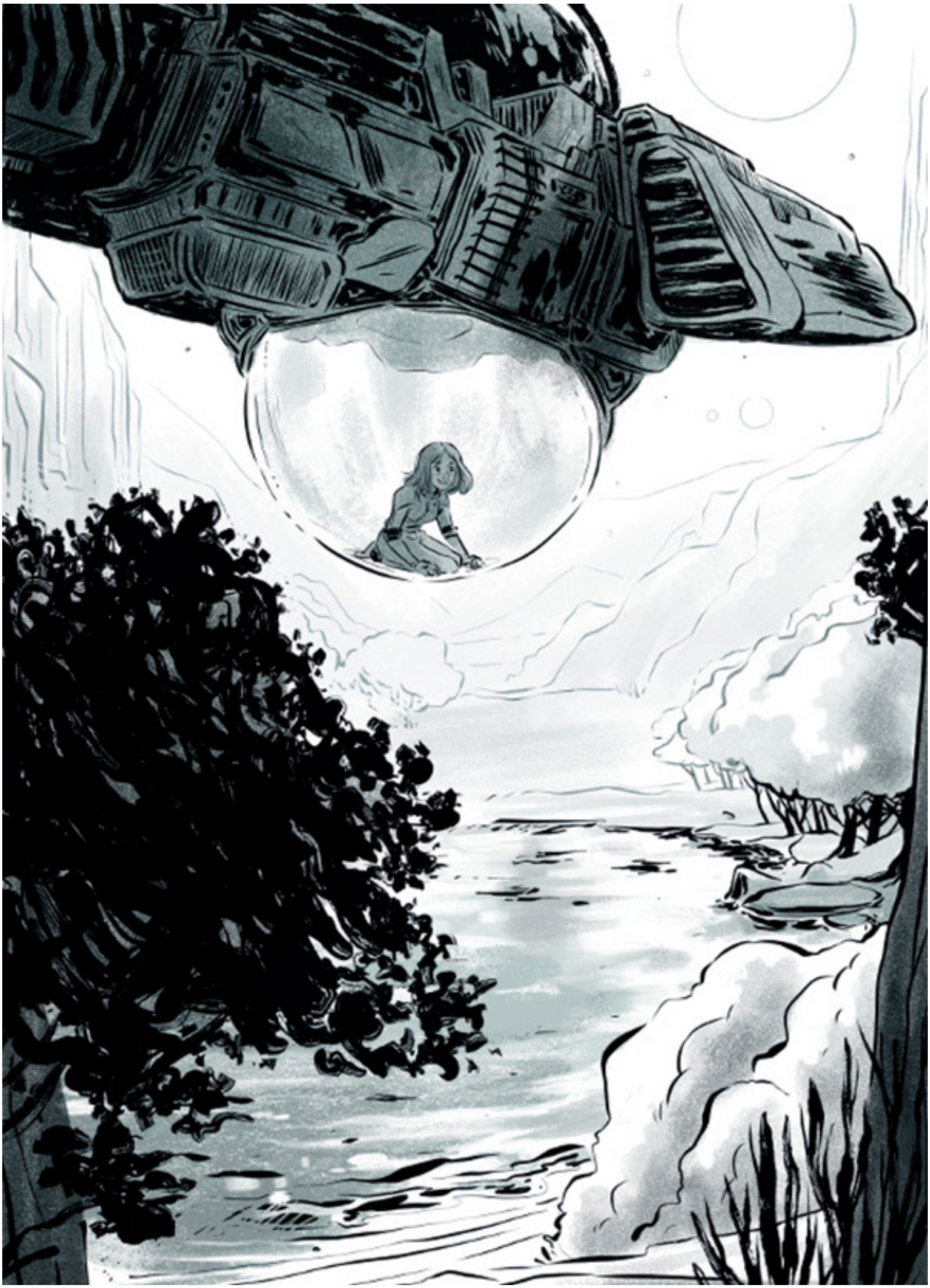
decirme usted que ya en su adolescencia había leído *El Informe Monteverde* y lo había hecho con enorme placer, como quien lee una novela de aventuras, y por eso se había prestado voluntaria a escribir sobre Aanuk, supe que me sería fácil contarle cuanto usted quisiera y responder a sus preguntas.

Ahora le explicaré que fue ese filón de posibilidades que tenía el planeta para las empresas turísticas lo que impulsó a estas a entregar cuantiosos donativos a la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares. Cuantiosos pero rentables, por saber que los Lingüistas se habían convertido en los más expertos intermediarios entre las diversas culturas de la galaxia. Los empresarios los necesitaban como intérpretes y también para que enseñaran el *ínter* a los nativos de Aanuk, pues pocos turistas querían perder el tiempo en aprender más de una decena de palabras del idioma de aquel mundo, más bien exigían ser atendidos en todo momento en la lengua franca galáctica. Aunque había, sí, unos pocos que llegaban al planeta exterior con el capricho o el interés auténtico de conocer no solo la naturaleza sino los modos de vida y la cultura de sus habitantes. Nadie mejor que un lingüista para hacer posible un contacto directo con los aanukiens. Y los aanukiens eran un pueblo pacífico, amable, gentil, que no opuso resistencia alguna a tales pretensiones. Como sucede tantas veces en estos casos los beneficios que se obtenían de su mundo gracias al turismo apenas fueron para ellos, salvo al ofrecerles algunos adelantos que más bien nos interesaban a nosotros, los extranjeros, para nuestra comodidad al viajar y permanecer allí. Y, sin embargo, no parecía importarles.

Pastores, agricultores nómadas, mineros, artesanos del barro y el metal, los aanukiens eran descendientes de un grupo de colonos vodis

que en los primeros siglos de la Gran Expansión perdieron el rumbo en su camino hacia Iliria, un planeta de la Zona Intermedia que reclamaba trabajadores para sus minas. La nave de aquellos emigrantes a la deriva logró aterrizar en un mundo pequeño y aislado, pero con un sol amarillo y buenas condiciones para vivir. Quisieran o no quedarse allí, lo cierto es que los náufragos no podían contactar con ningún otro asentamiento humano. Sin duda, se los dio por muertos y, cuando los reencontraron, habían pasado varios siglos, aquel planeta les pertenecía y ellos pertenecían a aquel mundo.

Aquí está mi *Informe*. Lea lo que explico en el primer capítulo:



Aanuk I

El Informe Monteverde

En Aanuk nunca ha habido una guerra. Esto puede parecer extraño o incluso inverosímil, pero solo para quien no conozca a sus habitantes. Pues basta con tratarlos unos días para aceptar sin reservas ese pasado pacífico.

No se trata de que no haya existido ningún tipo de lucha entre individuos o grupos. Esas luchas se han dado, por cuestiones personales o al disputar un territorio, un río, un rebaño. Pero la guerra entendida como un enfrentamiento planeado y organizado por unos gobernantes o grupos de poder, como un estado de hostilidad permanente y global, es para los aanukiens algo que solo ha ocurrido en otros mundos, algo que les explican a los niños sus maestros.

La razón está en que Aanuk es un planeta tan fértil, ofrece tantos recursos naturales, que no es necesario pelearse casi nunca por ellos. Claro que esa sobreabundancia y prodigalidad de la naturaleza explican también el lento desarrollo tecnológico del pueblo aanukien. Conocen la electricidad y la máquina de vapor. Sin embargo, no hay coches, ni trenes, ni aviones, ni teléfonos. Ni prisas. Entre los primeros habitantes llegados en aquella nave náufraga, había expertos en el uso de la energía solar y luz del sol no faltaba, desde luego, en el planeta, que contaba también con buenos yacimientos de carbón en las zonas montañosas. Cuando surgieron los primeros poblados sedentarios comenzó a emplearse la electricidad, obtenida en los torrentes de las montañas. Hasta entonces les había bastado con el fuego, de la

madera o del carbón, para cocinar e iluminarse, o si acaso para calentarse en las noches frescas.

El planeta tiene un único continente colonizado, en el hemisferio septentrional: lo llaman la Tierra Grande. Hay varias zonas climáticas en él: el norte es una región montañosa, luego viene el bosque y la llanura, que terminan en las playas arenosas del sur. Existen además numerosos archipiélagos, inhabitados, pues la población es bastante reducida y prefiere agruparse en el continente.

El núcleo básico de la sociedad aanukien es la tribu. Durante el invierno estas viven en las praderas y llanuras de la Tierra Grande, junto a los ríos y lagos, en poblados de tiendas y cabañas. Cultivan una parte de los campos y otra se la dejan al ganado. Pero durante el verano hace tanto calor que los pastos se agostan y despiertan las plagas de mosquitos invadiéndolo todo (un dato curioso: en el idioma aanukien hay una expresión, *kivalapai*, cuya traducción literal es «soñar con mosquitos», pero cuyo significado figurado y familiar es «tener pesadillas»). Como la cosecha está ya recogida, los habitantes de los poblados levantan sus tiendas, reúnen sus rebaños de ovejas y cabras, y se dirigen hacia el bosque, pues allí el clima es más benigno, hay pastos frescos y no hay mosquitos. Son largas caravanas de hombres montados cada uno en su *kiita*, un híbrido entre caballo y camello terrestres que es el medio de transporte fundamental para los aanukiens (las personas mayores y los niños se trasladan en carros arrastrados también por *kiitas*), bien aprovisionados con el producto de sus cultivos, cereales y legumbres básicamente. Permanecerán en el bosque hasta el otoño.

(Continuación de la entrevista)

Siempre me pregunté por qué razón la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares me había elegido para viajar a Aanuk. Yo acababa de cumplir veinticinco años y de terminar mis estudios en la Tierra; no había emprendido jamás una misión en solitario. Pero cierto es que pese a mi juventud no era un lingüista más: era la hija de Gabriel Monteverde, uno de los mejores especialistas de toda la Sociedad, que había trabajado en los mundos más diversos de la galaxia, llevándome casi siempre con él desde que mi madre había muerto. Sus hazañas se habían convertido en leyenda. Así que yo me daba cuenta de que me escogían más por los méritos de mi padre que por los míos propios, en la confianza de que habría heredado su capacidad como lingüista y, muy probablemente –y no se equivocaban–, su ambición y su orgullo. La Sociedad no solía embarcarse en aventuras tan costosas si no era para obtener los mejores resultados. No me disculparían, lo sabía bien, volver sin éxito, y ellos sabían que yo no me lo perdonaría tampoco.

Pero había algo más, algo que yo intuía entonces y ahora comprendo de modo transparente. Pues esta no era una misión cualquiera. Los Lingüistas habían accedido a negociar con las empresas turísticas no solo por los beneficios económicos que ello les aportaba: existían razones, metas ocultas en su interés por Aanuk. Pues solo ellos sabían de la existencia de otro pueblo, además del aanukien, que habitaba el planeta exterior, gentes que se escondían al Norte de la Tierra Grande y que tenían una lengua única en toda la galaxia: los *fihdia*. De ellos solo conocíamos unos pocos datos: que habiendo llegado a Aanuk después que los otros habitantes del

planeta, desde el principio se mantuvieron aislados y eligieron como lugar para asentarse las cuevas de las montañas septentrionales. Y, esta era la característica más sorprendente: *todos eran ciegos*. Al parecer, se trataba de una enfermedad hereditaria que, si bien a su llegada a Aanuk afectaba solo a una parte del grupo *fihdia*, poco a poco, debido al aislamiento y la endogamia, fue alcanzando a más individuos hasta convertirse en una tara genética de toda la población. La enfermedad los había condicionado a vivir en cuevas, donde la falta de visión no importaba y se sentían más seguros. De esto hacía ya al menos tres siglos.

Evidentemente –curioso adverbio para emplear aquí– investigar el idioma de un pueblo de ciegos suponía un reto para cualquier lingüista. ¿Por qué entonces la Sociedad disimulaba tan celosamente sus intenciones? La respuesta ya me la había dado mi padre hacía mucho: a veces el ansia de saber puede convertirse en otra cosa, en una ambición desmesurada de reconocimiento o de éxito –y se llama vanidad. O en deseo de poder, y hacia esto último estaban derivando, vertiginosamente, los Lingüistas. Se habían dado cuenta de que cada nuevo idioma que aprendían era una moneda más de un tesoro que les hacía ricos, no en dinero, sino en posibilidad de control: estaban llegando a ser los únicos capaces de comunicarse con todos los pueblos de la galaxia, los mejores mediadores entre estos y los empresarios y políticos. La Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares era ya entonces uno de los grupos de presión más importantes frente a cualquier gobierno planetario.

Pero volvamos a Aanuk y mi trabajo allí con los aanukiens y los *fihdia*.

Yo llegué al planeta en uno de aquellos lujosísimos cruceros turísticos, una nave como un hotel de cinco estrellas. Ofrecía gravedad estable garantizada, máximo confort, camarotes individuales, dobles y suites, piscina, solario artificial, cine, bar, casino, tiendas, restaurantes con especialidades de cualquier planeta habitado, una gigantesca sala de baile con orquesta humana y una bóveda de cristal que permitía contemplar la galaxia, veinte personas de tripulación y treinta de servicio, capacidad para quinientos pasajeros. A mí me incluyeron en el servicio y viajé en segunda, claro está.

No obstante, si por algo mereció la pena ir en la nave no fue por el lujo, que ni entonces ni ahora me interesa más allá de la curiosidad, sino porque al llegar al planeta exterior el capitán nos ofreció un vuelo panorámico sobre la Tierra Grande, en el vehículo de aproximación. La descripción de lo que vi está en mi *Informe*, reléalo.

Aanuk II

El Informe Monteverde

Algunos Lingüistas opinan que, cuando se llega a un planeta para investigar su lenguaje, es conveniente volar sobre él para verlo como si fuera un mundo vacío, recién descubierto por nosotros. Hay que estar atenta a las impresiones que nos produce este primer contacto visual, impresiones mediatizadas solo por nuestra propia lengua y aquellas otras que conocemos y que nos será posible confrontar después con las palabras que los habitantes de ese mundo utilizan para describirlo.

Primero volamos sobre el océano que rodea el continente habitado: una extensión de aguas lisas como un espejo, kilómetros y kilómetros de calma total, bajo un cielo sin una sola nube. Ese cielo era de un azul pálido, anodino. Pero las aguas… ¿qué nombre dar a ese color entre violeta y gris, y que no era ni uno ni otro? Lo intenté: gris violáceo, amatista con reflejos plomizos.

Entramos en la Tierra Grande por el norte. Bordea toda la costa una línea de montañas muy escarpadas, que caen sobre el mar en paredes de roca viva, acantilados altísimos. Este perímetro mineral parece tan infranqueable para los humanos como las murallas de un castillo. Solo el océano se adentra en él en fiordos estrechos y oscuros. Aquí todos los tonos eran fríos, los grises se mezclaban con los azules y estos con los negros. Cumbres pizarrosas, fiordos añiles, laderas cenicientas.

La cara interna de estas montañas desciende de modo mucho menos abrupto, en largas pendientes pobladas de coníferas. Y de

cuevas, pude observar cuando el vehículo voló bajo. Había también numerosos arroyos y cascadas, que se iban convirtiendo, según bajaba el terreno, en ríos rápidos, encajonados en cañones. Poco a poco el bosque se espesaba, hasta ser el único paisaje. Yo no reconocía ya los árboles, de especies inexistentes en la Tierra, y enormes, de copas redondeadas. Recordé que durante el viaje en la nave, todos los hologramas y folletos de propaganda turística hablaban de la intensidad de los colores de la naturaleza de Aanuk, y mostraban imágenes de ese bosque empurpurado por el otoño. Esta estación del año es una explosión de follaje en el que pueden encontrarse tonos cobrizos, azafranes, cárdenos, carmesíes, pero también y, más que nada, el rojo casi violento en su pureza y que, al no estar matizado por colores más suaves, dorados y naranjas, ocres, amarillos tenues, como en la Tierra, resulta un estímulo demasiado fuerte para los ojos, incluso para los aanukiens: he leído que en su idioma hay una expresión, *saatimeiva*, que podría traducirse como «borrachera de color» y tiene su origen en el bosque. La mayoría de los árboles que hay son de hojas caducas. En otoño empiezan a caer por millares. No cambian de color tras la caída: continúan siendo púrpuras, rojas, anaranjadas. De pronto, te ves sumergido en una inundación de tal exuberancia cromática (hay hojas sobre tu cabeza, todavía en las copas, cubriendo el suelo o balanceándose en el aire) que la vista sufre una especie de trastorno, de perturbación tan intensa como la que causa el alcohol. Los pastores aanukiens procuran no quedarse nunca solos, pues los senderos se borran, lo que unido a la fatiga visual puede llegar a desorientarles hasta el punto de perderse con sus rebaños. De hecho, todos abandonan rápidamente el bosque al final del verano, cuando los caminos están aún limpios y las hojas quietas.

Unos cien kilómetros después el bosque acababa y nos adentramos en otro paisaje, otra región: la tierra era ondulada, herbosa, llanura luego; los últimos árboles se hallaban cada vez más dispersos. Los torrentes de antes se convertían en anchos ríos tranquilos, de aguas color azufre. Había tantos lagos y tan grandes, que, al reflejar el sol de Aanuk, el aire a nuestros pies parecía destellar.

Y al fin, el mar otra vez y las playas meridionales que, igual que el bosque, hacían famoso Aanuk. Playas de arenas de un blanco deslumbrante, o ámbar, o cerradas por dunas de un rosa encendido, imposible, y un océano violeta claro aquí, de transparencia perfecta. Aunque yo prefería las montañas azules y el bosque, comprendía que eran esas playas vírgenes, el mar y el calor, los que llevaban a nombrar Paraíso a aquel mundo.

(Continuación de la entrevista)

¿Un poco más de té, Hannah Sweet Angélica? ¿Cómo la llaman familiarmente, si me permite la confianza? Supongo que por los tres nombres, no… En cuanto atardezca refrescara demasiado para mí y tendremos que entrar en la casa… Este es mi país y estoy acostumbrada a su clima, pero a veces, en lo más recio del invierno, cuando me encuentro sola en casa porque mi hijo Narsak está en algún viaje de trabajo y la noche viene pronto, afuera llueve o nieva, las calles están desiertas y tristes, y escucho el silencio, ese silencio que oímos en nuestra soledad, que a veces bendecimos y a veces pesa igual que el hielo, en esas veladas grises cómo no voy a acordarme de Aanuk, su calor, la luz encendida sobre el océano violeta, la dulzura del aire en las tierras llanas. Y cómo no voy a sentir nostalgia del tiempo que pasé allí. A veces me preguntó por qué no intenté reencontrar los pasos perdidos que me llevaron a aquel mundo, donde en principio iba a pasar un año y finalmente estuve casi seis.

No la aburriré con el resumen de las semanas en que trabajé como intérprete y guía para los turistas con los que había llegado. Por fortuna conté con la colaboración de una aanukien, Ridra Jaan, que dominaba perfectamente el *ínter*, una ayuda que se mantuvo después del día en que la nave de recreo abandonó –¡por fin!– Aanuk dejándome allí, tal como estaba acordado, hasta el año siguiente, cuando regresaría con más turistas y en mi busca, y yo tendría que haber terminado mi trabajo de investigación para la Sociedad Lingüista. Al despedirme, todos aquellos que marchaban imaginaron que debía de sentirme fatal al quedarme sola en un mundo extraño. Nada más lejos de la realidad. De inmediato me asenté en Laari, un

pueblo situado en la llanura central de la Tierra Grande, aunque cerca del bosque.

Laari

El Informe Monteverde

Con casi cien habitantes, que viven todo el año aquí (algo poco frecuente, pues como ya he dicho la mayoría de la población aanukien es nómada), dedicados a la agricultura (cada casa tiene su huerta, y alrededor del pueblo hay campos labrados) y a la ganadería (rebaños de cabras y ovejas que son propiedad común, pues el haberse hecho sedentarios no supone en absoluto la aparición de la propiedad privada, algo desconocido entre los aanukiens, como pueblo tribal que son), Laari es una de las poblaciones más grandes de Aanuk. Las casas son de madera, aunque alrededor de estas siguen instaladas muchas tiendas de gran tamaño, el espacio de vida tradicional de los pastores trashumantes. Como Laari es un lugar de paso entre el bosque y la franja intermedia del continente, siempre hay nómadas que van o vienen.

En realidad, Laari y los otros dos asentamientos que existen en Aanuk iguales a él (Disko y Sisimut, ambos muy lejos de aquí) son novedades un poco incomprensibles para el conjunto de la población aanukien. Acostumbrados a la vida trashumante, siempre al aire libre, en un mundo donde la naturaleza es hospitalaria y benévola, no entienden que haya gentes que prefieren afincarse en casas de madera como en un refugio, cuando no hay nada de lo que refugiarse. Vivir en el mismo sitio todo el año les parece aburrido, una excentricidad propia de los que quieren copiar los modos de vida de otros planetas porque han estado en ellos. Tienen razón en parte. Laari, Disko y

Sisimut han sido fundados por los aanukiens jóvenes a quienes se envió a vivir y estudiar durante algunos años a otros mundos, entre ellos la Tierra, cuando Aanuk fue, digámoslo así, «redescubierto».

Eso ocurrió al acabar el «Período de Aislamiento», aquellos primeros milenios en los cuales Aanuk no mantuvo ningún contacto con el resto de los planetas habitados. El aislamiento terminó con la llegada de algunos exploradores de esos otros planetas. Llegaban en busca de minerales útiles para la telecomunicación, pero solo había los más básicos (hierro y cobre, nada de metales preciosos ni tampoco de elementos radiactivos), de yacimientos petrolíferos (que no existían) y serían los primeros en darse cuenta de las grandes posibilidades para

el turismo que tenía Aanuk. Trataron a los habitantes de Aanuk como a un pueblo primitivo, inferior, hablándoles maravillas de los mundos de los que provenían, de su desarrollo tecnológico y cultural. Como no querían compartir con los nativos los beneficios del negocio, comprendieron que era mejor ofrecerles otra cosa a cambio de la explotación de Aanuk para los viajes de placer, así que intentaron convencerlos de que deseaban contribuir al avance de su sociedad, llevando a jóvenes aanukiens a otros planetas donde pudieran conocer civilizaciones más desarrolladas y aprender de ellas. Los aanukiens no son envidiosos y nunca han creído que tuvieran que avergonzarse por su forma de vida, pero los visitantes apelaron a su responsabilidad de cara al futuro de su planeta. Finalmente, aceptaron elegir un grupo de adolescentes de cada tribu para enviarlos a los mundos centrales, sobre todo a la Tierra y a Vodar. Los padres de los jóvenes que marcharon y los jefes de sus tribus, les dejaban ir en la creencia de que estaban haciendo lo mejor por los muchachos y por Aanuk, pues todo cuanto esos jóvenes aprendieran lo enseñarían a su pueblo al regreso.

De cualquier modo, no fueron muchos los que marcharon y la mayoría volvió. Lo hizo, es cierto, con la cabeza llena de ideas para mejorar su mundo, para acercarlo a aquellos donde habían vivido. Así que decidieron fundar comunidades sedentarias, construir máquinas para desarrollar la agricultura y hacer más cómoda la vida de todos, y fabricar vehículos eléctricos y a vapor para trasladarse rápidamente de un lado a otro. Los aanukiens aceptaron con entusiasmo algunas máquinas, por ejemplo las neveras, que además de fabricar hielo (por sí mismo una realidad fascinante, ya que el clima de Aanuk no permite su aparición natural salvo en los glaciares de alta montaña) servía para conservar alimentos y refrescar el agua. Durante algunos años

construyeron también aviones sencillos, aeroplanos, con el único fin de explorar todos los rincones de la Tierra Grande y el océano violeta (aunque habían navegado antes con barcos de vela, que fueron suficientes para saber que en el océano no había islas que mereciese la pena habitar). Volvieron pues a inspeccionar su planeta de arriba a abajo y llegaron a la conclusión de que era tal y como ellos ya sabían. Y dado que no tenían otros viajes que hacer más que de la llanura al bosque y del bosque a la llanura, que a los rebaños no se los podía trasladar en aviones y los humanos preferían sus *kiitas*, porque no hallaban ninguna ventaja en alcanzar antes su destino y sí en ir deteniendo su travesía, al encontrarse a otras tribus amigas (esos encuentros siempre significaban fiestas), por todo ello, concluyeron que no necesitaban para nada los artefactos voladores (ni coches, ni trenes tampoco), que quedaron abandonados hasta convertirse en chatarra. Se continuó extrayendo carbón y produciendo electricidad para los hogares de las poblaciones fijas y poco más.

Laari tiene un *paava* o alcalde, Dajimín Diala-Narsak Kovba (los nombres aanukiens se forman de la siguiente manera: primero va el nombre propio, en este caso Dajimín; después, lo que podríamos considerar apellidos: los nombres propios de la madre y el padre unidos (Diala-Narsak), y por último (Kovba) el nombre de la tribu a la que pertenece la persona).

El cometido del *paava* es armonizar las distintas opiniones y propuestas de los habitantes del pueblo respecto a temas de subsistencia, cultivos, rebaños… y organizar el trabajo común. También actúa como una especie de juez de paz ante los conflictos personales o entre grupos que puedan surgir. Los pueblos como Laari,

y las tribus nómadas, se gobiernan autónomamente y de modo bastante democrático. No hay un poder superior: Aanuk es un mundo sin Estado. En las tribus también hay *paavas*, que además de dirimir conflictos, armonizar propuestas y organizar el trabajo, guían a sus grupos en los viajes trashumantes. A los *paavas* se los elige por votación entre los que tienen más edad (y, por tanto, experiencia de la vida y conocimiento de los caminos de la Tierra Grande) o los que muestran más capacidad para reconciliar a los enemigos y para tomar decisiones justas. Pueden ser *paavas* tanto los varones como las mujeres. Ciertamente hasta ahora no he apreciado diferencias sociales entre unos y otras, ni en el trabajo ni en el cuidado de los hijos.

Asimismo, compruebo que los aanukiens son muy abiertos en las cuestiones sexuales: el matrimonio, entendido como vínculo legal, no existe y, aunque practican la monogamia, los cambios de pareja son habituales y la bisexualidad está completamente aceptada.

«Lo que no quiere decir –me explica Ridra– que cualquier varón o mujer esté dispuesto a acostarse con el primero que se lo pida, como creen muchos de los turistas que llegan. En Aanuk la prostitución no existe. ¿A cambio de qué aceptaríamos vender nuestros cuerpos? ¿De dinero? Aquí no hay mucho que comprar con él. Aanuk nos ofrece lo imprescindible para la vida: no hay pobres, porque los bienes son comunales y, si una tribu tiene problemas, las demás la ayudan. Somos un pueblo sentimental: pocos de nosotros estarían a gusto si tuvieran que pagar el sexo o el amor de alguien».

A partir de lo que me ha explicado Ridra, he empezado a preguntarle sobre el modo en que su idioma trata el sexo. Según me ha asegurado y estoy empezando a comprobar con otros aanukiens, no existen tabúes lingüísticos en ese tema, es decir, que no hay palabras

proscritas por la moral o el presunto buen gusto, y sustituidas por sus sucedáneos los eufemismos. Los habitantes de Aanuk llaman a todo por su nombre, aunque tienen, eso sí, lo que ellos consideran «palabras divertidas»: por ejemplo a veces denominan al pene *dis-dis*, que es la vara o plectro con que se tañe el *hachol*, un instrumento musical muy semejante al violín.

(Continuación de la entrevista)

Ridra Jaan (Ridra Aisiva–Quakortok Jaan), mi colaboradora durante el tiempo en que yo había tenido que trabajar con los turistas (y pronto mi amiga, una amistad que como le contaré fue decisiva para mis investigaciones lingüísticas, pero también ha sido en lo personal una de las relaciones más importantes de mi vida) pertenecía a ese grupo de jóvenes que habían salido de Aanuk para conocer otros planetas. Tanto ella como su novio, Ilimanak, habían estado cinco años en la Tierra. Residían ahora en Laari y por eso yo elegí ese lugar como campo base desde donde ir y volver en los futuros viajes que tendría que hacer necesariamente, sobre todo en busca de los fihdia.

Creerá que es la nostalgia (esa bruma que empaña el pasado, transformándolo a la medida de nuestros deseos) lo que me lleva a hablarle de los aanukiens como ahora le hablaré. Y, sin embargo, pronto se dará cuenta de que, entonces y hoy, no me dejo seducir por esa trampa y, como lingüista, sigo tratando de escoger las palabras más precisas, por muy subjetiva que siempre sea la visión de esta.

Le diré que los aanukiens eran hermosos: altos, esbeltos, de pelo muy negro y liso, ojos grandes, almendrados, en general negros también, de piel tostada, facciones luminosas. Le diré que eran alegres: les gustaban las fiestas (siempre tenían un pretexto para organizar una), les gustaba la música, el baile, cantar, al ritmo de sus *hachols*, una especie de violines, y sus tambores o *alussas*. Los pastores nómadas solían ser los mejores músicos.

Recuerdo muy bien cómo los habitantes de Laari decidieron celebrar una fiesta en mi honor, cuando la nave que me había traído se fue y yo me instalé en el pueblo. Fue una noche, al aire libre.

Tendríamos, me anticipó Ridra, buena comida, buen vino (los aanukiens cultivan viñedos en la llanura y, como el clima es tan cálido, consiguen un vino dulcísimo, exquisito, aunque eso sí, de fuerte graduación alcohólica) y, por supuesto, música y canciones.

Poco antes de dirigirnos hacia el centro del pueblo, donde la fiesta iba a empezar, Ridra me hizo una advertencia: ella estaría a mi lado en todo momento para servirme de intérprete. Yo podía hablar de lo que me apeteciese, pero era mejor que evitase un asunto: los fihdia. A los aanukiens no les gusta en absoluto referirse a ellos. Es incluso una especie de tabú. Le pregunté la causa y me dijo que ese rechazo venía de muy lejos, por lo que ni siquiera se preocupaban por su causa. No obstante, ella creía poder dar una explicación: los aanukiens no querían hablar sobre los fihdia y evitaban el contacto con ellos porque estos les producían un sentimiento de miedo, de aprensión. Viviendo en un mundo tan bello para los ojos como lo es Aanuk, ¿cómo no sentir un escalofrío ante esos seres a los que la naturaleza ha negado la posibilidad de ver y que viven escondidos en cuevas?

–Lo que sentimos –me dijo Ridra– es el horror ante lo que no desearíamos ser nunca.

Terminamos de vestirnos y arreglarnos para el encuentro. Ella estaba muy guapa, lo recuerdo bien. Era muy alta y vestía de negro: una túnica de tela ligera, larga hasta las rodillas, pantalones y sandalias. Y llevaba muchas joyas: anillos y sortijas, pulseras de colores, pendientes en los que colgaba una piedra negra, ónix, y una cadena alrededor del cabello y de la frente, en cuyo centro brillaba el ónix también. El pelo lo tenía recogido en la nuca, en un rodete adornado con alfileres de plata.

La fiesta fue muy agradable. A mí me sorprendía la familiaridad con que me trataban. Al llegar todos me saludaron (todos, casi cien) con abrazos y besos, y se pelearon por sentarse cerca de mí. Si yo decía o hacía algo insólito para ellos, se reían preguntándome si era costumbre de mi planeta, pues son muy curiosos.

Comimos, bebimos (yo procuré no hacerlo en exceso, pues desde luego no quería emborracharme) y los habitantes de Laari cantaron y bailaron. Ridra me fue traduciendo las letras de las canciones, algunas antiguas y aprendidas de memoria por los cantantes, otras improvisadas. Eran poemas cortos, muy simples, con estribillo: canciones de amor, de cuna o que hablaban sobre la cosecha o las fiestas, el tipo de lírica oral que suelen tener los pueblos al comienzo de su historia literaria. Después, sus vecinos le pidieron a mi amiga que me ofreciera alguna de sus propias creaciones. Entonces descubrí que Ridra era poeta, o más bien debería decir, tal como ella se consideraba, que era trovadora, pues escribía sus poemas para recitarlos con música en público. Y bien, Ridra recitó (acompañada de los *hachols*) varios poemas, que fueron recibidos con aplausos. Se trataba de composiciones muy curiosas, en las que ella era especialista, y a las que llamaban *yir*. Hay un capítulo dedicado al *yir* en mi *Informe* e incluye uno de aquellos que me ofreció Ridra durante la fiesta.

El *yir*

El Informe Monteverde

El *yir* refleja la consideración que los aanukiens tienen de la literatura como un divertimento ante todo, un juego con el lenguaje. Consiste en un poema, que se recita con música, donde se acumulan, sin ningún tipo de intención significativa, palabras y expresiones que a su creador le parecen bellas, divertidas o terribles: igual que un cuadro abstracto, solo intenta sugerir sensaciones para quien desee captarlas. He aquí un yir escrito por Ridra Jaan:

«*Soy un corazón durmiente en el bosque y sueño con torres en ruinas, con un corzo joven de ojos purpúreos, con flores que eclosionan como piedras preciosas. Escucho el sonido de un cuerno en la espesura, el corcel del viento. Sobre mí pasan pálidos atardeceres, la bruma rosada del alba, mediodías con la luz del cristal de roca. Por la noche, el fuego colorado de la luna, su rescoldo ardiente, lluvias suaves y, mientras la fragancia imprecisa de un olor olvidado me perfuma, ladrones de ciudades fabulosas que llegan de planetas lejanos buscan en mi bosque la cámara del tesoro enterrado por el tiempo y solo encuentran cuarzos escarlatas, hierba recién nacida, clepsidras, dados para jugar con el Universo, mi sueño que me lleva a lejanas costas, a lejanas costas*».

Primeros días

En Anuuk

Cuaderno personal

Ahora es de noche, la noche de Aanuk. Puedo verla desde la ventana de mi habitación. No es en nada distinta a las de la Tierra, excepto porque tiene dos lunas, más pequeñas que la terrestre. Son blancas también y están a diferentes distancias del planeta. Por eso las llaman *upervasta* o «luna próxima» y *nukvasta*, «luna lejana». Esta última se encuentra hoy en fase decreciente, mientras que la *upervasta* está empezando a crecer. Solo una vez cada dos años coinciden ambas en la fase llena: es la «noche de luz» o *ilulissat*, que dura aproximadamente una semana.

Llevo tres semanas en Aanuk y aún no he escrito una sola línea de mi trabajo de investigación lingüística. Pero he estado aprendiendo mucho, sobre el idioma aanukien, su literatura y su forma de organización social, tanto que los datos se atropellan en mi mente y me cuesta ordenarlos. Sé que esto es bueno y que pronto podré comenzar mi *Informe*.

Por ejemplo, durante estas semanas he asimilado lo suficiente del idioma aanukien como para mantener conversaciones sencillas con los habitantes de Laari: conversaciones sobre el tiempo que hace o la comida, o sobre la Tierra, porque ellos me preguntan, o sobre Aanuk, porque les pregunto yo.

Pero desde luego con quien más he conversado ha sido con Ridra Jaan y en mi idioma, aunque al mismo tiempo es ella la que me está ayudando a progresar en el conocimiento del suyo. Es asimismo Ridra quien me ha contado todo lo que he escrito sobre los aanukiens. Ridra tiene veintitrés años, dos menos que yo. Habla mi lengua materna magníficamente y dice que le gustó la Tierra, pero que prefiere Aanuk. Resido en su casa, donde también vive su novio, Ilimanak, y otra pareja que tiene un hijo de cinco años, Narsasuok. El niño se ha hecho muy amigo mío y es con él, aparte de Ridra, con quien mantengo diálogos más largos en aanukien.

Ilimanak también estuvo en la Tierra. Es un hombre muy alto, extremadamente delgado, y lleva una corta barba, algo poco habitual entre los varones aanukiens. Lo que más me llamó la atención de él desde el principio es que nunca sonríe: esto resulta insólito asimismo, porque los aanukiens parecen estar siempre alegres. Más aún: Ilimanak es –si se me permite el juego de palabras– *claramente sombrío*, como si le aquejase de modo constante algún hondo sufrimiento. Pero desde luego Ridra está muy enamorada de él.

Debo empezar a escribir, sin embargo, y he decidido hacerlo tratando aquellas características de la lengua aanukien que me parecen más interesantes.

Sobre el campo semántico de los colores en el idioma aanukien

Cinco meses después de la llegada

El Informe Monteverde

Como es sabido, cada lengua estructura la realidad (el mundo exterior, las «cosas», y el interno, las emociones, las ideas) de un modo distinto, dependiendo de diferentes factores: el entorno físico (hay un ejemplo clásico, el de los pueblos esquimales terrestres, que tienen muchos términos para lo que en mi idioma se define solo con dos, nieve y hielo); el momento histórico; el tipo e ideología de cada sociedad, etc. Para el ser humano no existe una «realidad» o «pensamiento» ajenos al lenguaje, no estructurados por este.

Después de haber volado sobre Aanuk aquel día primero, no he podido sino empezar mi estudio sobre el idioma de sus habitantes eligiendo un campo semántico («conjunto de palabras cuyos significados se relacionan entre sí») muy concreto: el del color. Mucha gente supone que, como los colores están en la realidad con independencia de que se los nombre o no, deben de ser los mismos para todas las culturas y lenguas. No ocurre así. Primero, porque lo que encontramos en el mundo exterior es una gama muy amplia de colores distintos, bastantes de ellos difícilmente clasificables. Segundo, porque, de hecho, esa clasificación varía en cada cultura.

El idioma aanukien destaca precisamente por contener un número de términos referidos al color mucho más amplio que en cualquiera de

las lenguas que conozco. Pondré un ejemplo: el color al que yo llamo en mi lengua «rojo», «encarnado» o «colorado», incluye gradaciones o gamas como el grana o carmesí (rojo encendido), el escarlata (rojo menos intenso que el anterior), el granate (rojo oscuro), el púrpura (rojo violáceo), el cobrizo (rojo pardo) o el azafrán (rojo anaranjado). Pues bien, para los aanukiens estos matices («matiz», según el diccionario, es la gradación que puede recibir un color sin llegar a confundirse con otro de nombre distinto) sí son colores diferentes, tanto como lo son para mí el rojo y el amarillo, y usan desde luego diversas palabras para nombrarlos. De modo que para ellos hay nada menos que seis colores donde yo percibo uno solo.

Y añado más ejemplos: ven cinco colores (según ellos nada semejantes) donde yo el azul (azul claro, o marino, o añil, pero azul siempre), y distinguen tres que son para mí también uno solo, el amarillo. Además, existen doce términos referidos a tonalidades que yo sería incapaz de nombrar porque nunca las he identificado antes. Sin embargo, lo que para mí es «dorado» (un tipo de amarillo) ellos lo llaman *chan*, naranja, y no lo distinguen de este último, así como tampoco diferencian el gris del negro.

Pero más interesante aún es el valor simbólico de los colores en la cultura aanukien. Por ejemplo, el color blanco, concretamente el *baarak*, blanco brillante, simboliza el odio, ya que ese color, como el sentimiento con el cual se identifica, es el más puro. Sin embargo, el negro, *bia*, es el color de la serenidad, pues no destella, no hace daño a los ojos, sino invita al sueño y al descanso. El *keetna* (granate) simboliza la desesperación. El *lean* (verde pálido), la nostalgia invencible. El *chan* (naranja), la soledad. La tristeza es de un azul

intenso, *yael*. El miedo, añil, *kuuk*. Y el *daas* (verde hierba) es el color de la alegría.

Orígenes

Siete meses después de la llegada

Cuaderno personal

Dajimín me ha pedido que vaya a la escuela del poblado a contarles a los niños cómo es la Tierra, el viaje que he hecho, el motivo que me ha traído a Aanuk y todo lo que quiera sobre otros mundos habitados y las lenguas que se hablan en ellos. Acepté y ha resultado ser una experiencia muy divertida y valiosa para mí. Los maestros reunieron tanto a las criaturas como a los chicos más grandes en un aula muy amplia, todos se sentaron en cojines sobre el suelo o en las sillas de madera, me escucharon expectantes y me hicieron muchas preguntas. Los cachorros humanos son muy parecidos en todos los lugares que he visitado: curiosos y libres de prejuicios. Después de hablar de la Tierra y de mi viaje, empecé a explicarles de dónde veníamos los humanos que habitamos la Galaxia. Se lo narré como un cuento:

«Hace mucho, cientos de miles de años, quizás más, ya que las dimensiones de tiempo y espacio de nuestro universo son tan extraordinarias que ni siquiera podemos concebirlas, existió un planeta al que ahora llamamos Uno, por saber que venimos de él y desconocer el nombre que le dieron sus pobladores. La vida allí nació por azar, según algunos científicos, o por designios de Dios, según los que creen en algún tipo de divinidad. En el momento de su máximo esplendor, los *unitas* comenzaron a navegar y explorar el espacio, descubrieron y aprendieron a viajar a través de los agujeros de gusano

o pasillos estelares, los señalaron en sus mapas galácticos, indicando sus coordenadas, sus movimientos y qué zonas comunicaban. De ese modo lograron colonizar otros mundos y transformarlos para la especie humana, si tenían de antemano las condiciones apropiadas.

»Los primeros mundos a los que llegaron, los más próximos al suyo y donde iban instalando un buen número de colonias, se llamaron Planetas Centrales: Nínive, Djebel Barkal, Funchal, la Tierra y Vodar. Se los sigue llamando así porque el viaje entre ellos es el más rápido, gracias a la situación de los pasillos estelares que los conectan, aunque no estén en el centro galáctico, como sucede en el caso de la Tierra.

»Los Planetas de la Zona Intermedia son aquellos que se encontraban a medio colonizar cuando Uno desapareció. Entre ellos, Helevorn, Jarmo, Rigel, Alfader 2, Dubhe Teloth o Eridiani 5. Distaban de Uno bastante más que los Centrales.

»En cuanto a los lejanos Planetas Exteriores, se trata de mundos que los *unitas* señalaban como aptos para la vida y donde incluso llegaron a instalar un primer asentamiento o fuerte avanzado, pero sin que tuviesen tiempo de colonizarlos, aunque dejaron la semilla de la vida vegetal, animal o humana. Esta semilla a veces se desarrolló sola, de tal modo que en la Zona Exterior pueden encontrarse mundos con naturalezas exuberantes, porque no han sido alteradas por civilizaciones como las nuestras, que acostumbramos a ser destructivas. Claro que hay Planetas Exteriores donde las condiciones son extremas para la vida, aunque permitan cierta habitabilidad. Se cuenta también que fueron refugio de rebeldes *unitas*, fugitivos y desertores, desterrados y contrabandistas, o náufragos que perdían su

rumbo. Son mundos exteriores Jartum, Vladivostok, Iliria, Mirguisa, Iugurtha, Arabo, Yabarí, Alkaid 3, Jalawdri y el propio Aanuk.

»Y de pronto, las naves de Uno que llegaban a sus colonias, a través de los pasillos estelares, desaparecieron. Los colonos esperaron, sabiendo que en Uno se desarrollaba una larga guerra que se iba extendiendo por todos sus territorios. De hecho, los *unitas* se habían llevado la mayor parte de las naves de transporte de las colonias para esa guerra. El Imperio se enfrentaba a fuerzas rebeldes nacionalistas. Transcurrió el tiempo y la ausencia de vehículos tripulados y de noticias del mundo origen continuó. Fueron inútiles todos los intentos de ponerse en contacto con él. Sería el principio de un Período de Aislamiento de las colonias centrales, intermedias y exteriores, que duraría milenios. Durante él, los mundos colonizados no pudieron salir al espacio y, sin el apoyo de Uno, retrocedieron en su historia o se desarrollaron muy lentamente.

»Solo cuando los planetas centrales y algunos intermedios fueron capaces de volver a navegar entre las estrellas, intentaron también buscar el rastro de Uno. Sobre todo los vodis, con la ayuda de los astrónomos funchalianos. Pero cuando la primera nave con tripulación de ambos planetas llegó a la zona galáctica donde debía estar Uno, no halló sino miles, millones de fragmentos rocosos alrededor de su sol amarillo.»

Por supuesto, los niños aanukiens me preguntaron qué había sucedido. Respondí que se plantearon muchas hipótesis para reconstruir el pasado perdido. Nunca llegará a saberse con certeza. Según lo que cuentan los archivos documentales, es muy posible que el Imperio unita hubiera sido capaz de crear un arma para usar desde su satélite contra los territorios rebeldes, pero el proyecto escapó de su

objetivo y pulverizó el mundo entero. No es nada fácil conseguir esto, de modo que asombra y aterroriza el nivel tecnológico que logró alcanzar el armamento de guerra unita.

Los vodis han recorrido desde entonces todas las zonas galácticas en busca de cualquier tipo de archivos que puedan aportar conocimientos sobre los *unitas*. En Vodar vive gente pacífica y muy evolucionada mentalmente, que gustan del conocimiento más que de la conquista y la colonización, les conté a los niños, así como que ellos mismos provenían de una nave náufraga vodi que se refugió en Aanuk. Eso les hizo sentir muy orgullosos. De hecho, continué, los vodis serían los primeros en ponerse en contacto con otros planetas como Funchal, Nínive o Tierra, lo cual ya indicaba su valentía y su confianza en el ser humano, mientras, por el contrario, quienes vivimos en esos tres mundos siempre habíamos recelado de una posible visita del espacio exterior, temiendo que fuera agresiva e invasora. Gracias a todo ello hemos aprendido un poco más acerca de los habitantes de Uno: que eran una población muy variada, con gentes de diverso aspecto y que hablaban distintas lenguas, de ahí la variedad de sus descendientes.

Alumnos mayores querían saber si habíamos encontrado criaturas alienígenas en algún planeta. No, salvo formas muy primarias. Tal vez en otras galaxias sí podrían existir alienígenas por completo distintos a nosotros.

Les expliqué que, al diseminarse tanto los grupos humanos procedentes de Uno como sus lenguas, se habían diversificado mucho. Aislados durante siglos y siglos, cada idioma y cada grupo se diferenciaron de manera notable, es algo que ocurre sobre todo con

pueblos y con lenguas que quedan incomunicados. De ahí que haya surgido la necesidad del *ínter* como lengua franca galáctica.

Explicar todo esto me ha llevado varias visitas a la escuela. En la última, les he contado anécdotas acerca de los lenguajes más curiosos de la galaxia.

Por ejemplo, que la lengua de Vodar no tiene insultos ni imprecaciones, por voluntad de sus propios hablantes desde hace siglos, aunque sí pueden mentir, ya que esa es una de las características universales de los idiomas humanos.

O que en el planeta Helevorn no hay palabra para «yo», pues sus pobladores funcionan como colectividad y no como individuos.

En Dubhe Teloth, los soldados y sirvientes no han aprendido a decir «no», vocablo que solo pueden utilizar los guerreros de más rango, los sacerdotes y los sátrapas.

En Jalawdri, donde existen cinco géneros sexuales, todo se adecúa a esa variedad, de modo que el férreo binarismo masculino-femenino de muchos otros mundos (en los que, sobre todo en los patriarcales, prevalece siempre el masculino) no existe.

Los contrabandistas de Jartum se manejan entre sí con una jerga que me recuerda al lunfardo de la ciudad en que nací. En Nínive hay un «lenguaje dorado» que utilizan allí los poetas para sus versos líricos o narrativos. Se llama de tal manera por la belleza de sus vocablos, hermosos en sus sonidos, su significado y sus connotaciones. Estos poetas no utilizan nunca palabras malsonantes y vulgares, aunque Nínive es un pueblo tan refinado como cruel, que ama la guerra y el autoritarismo, y aunque también hay textos marginales que sí usan otro tipo de lenguaje. Pero es que también sus libros son auténticas joyas, con cubiertas de maderas nobles recamadas de

piedras preciosas, escritos con tinta de oro y plata, o elaborada con hierbas y otros minerales hasta conseguir el verde más brillante o azules y rojos con todos sus matices. Por añadidura, las páginas y hojas pueden despedir aromas según el contenido del poema o, incluso, en el caso de los libros eróticos, se pueden acariciar porque se fabrican con seda, terciopelo o pétalos de flor. Existen libros de regalo que se elaboran con sustancias alimenticias y cuyas páginas se van comiendo una vez leídas.

Preparativos de viaje

Nueve meses después de la llegada

Cuaderno personal

Recuerdo esas películas antiguas sobre marineros que llegaban a una isla de los mares del Sur y acababan por quedarse a vivir en ella, atrapados por una existencia que creen cercana al edén perdido.

Yo sé que Aanuk no es un edén, pero estoy empezando a sentirme atrapada: por mi trabajo lingüístico (cada vez hablo de modo más fluido esta lengua), por la sucesión de días que son tan largos como en la infancia (ya ni miro mi reloj), por las mañanas de color verde, las tardes en que el aire tibio parece miel y se vuelve también de color *chan*, como dicen ellos. Por mis conversaciones y mi amistad con Ridra, que me enseñan tanto, al igual que aprendo cuando hablo con el niño Narsasuok. A él le encanta charlar conmigo, porque ninguno de los dos sabemos bien su idioma, pero logramos entendernos más allá de las palabras. Narsasuok me sigue a todas partes, come, juega conmigo y algunas noches hasta ha querido dormir en mi habitación. Sus padres se negaron a esto al principio, pues pensaban que podía molestarme. Cuando les dije que no, que en absoluto, le dejaron venir a mi cuarto. Los aanukiens no tienen ese sentimiento de propiedad con los hijos tan frecuente en culturas como la mía. Los padres de Narsasuok le quieren mucho, pero les gusta que se relacione con otras personas, y más si estas pueden enseñarle cosas que ellos no saben.

Cierto también que en Aanuk las familias no son núcleos cerrados, y a los niños se les considera prole y responsabilidad de todo el pueblo.

Me estoy dejando atrapar y me he contagiado incluso de una de las actitudes de los aanukiens que he querido evitar más: su obstinación en olvidarse de los fihdia. Le he dicho a Ridra en varias ocasiones que debo contactar con ellos en el plazo más breve posible, pues así lo exige el trabajo que me ha traído a Aanuk. Sin embargo, cada vez se lo digo con menos convicción y ella cada vez encuentra una nueva excusa para retrasar nuestra marcha. Porque va a acompañarme en mi viaje hasta las montañas del norte, donde viven, ocultos en sus cuevas, los fihdia. Ese es el trato que la Sociedad le propuso al pedirle que me ayudara y ella aceptó. Al conocernos me aseguró incluso que le rogaría a Dajimín que nos acompañara. Dajimín, como casi todos los *paavas*, sabe lo suficiente del idioma de los fihdia como para entenderse con ellos.

Creo haber dicho en varias ocasiones que los dos pueblos apenas mantienen contacto. Esto es cierto, pero también lo es que el poco que existe se efectúa de manera regular, todos los años, y les exige comunicarse. El motivo de estos escasos encuentros es un intercambio comercial. Los fihdia pescan en los fiordos de la costa, sobre todo capturan marisco, que se cría en abundancia en los acantilados próximos a las cuevas en las que habitan. A cambio de ese marisco, considerado un manjar por los aanukiens, estos les ofrecen parte de sus cosechas de cereales y legumbres. El trueque se produce de modo muy rápido y unos y otros se despiden hasta el año siguiente. Así que Dajimín sabe cómo llegar hasta los fihdia y puede transmitirme lo que conoce de su idioma. De todas maneras, los habitantes de las cuevas

hablan bastante bien la lengua aanukien, me ha explicado Ridra, lo que me facilitaría más aún las cosas.

Hoy he hablado de nuevo con Ridra y, un poco pesarosa, me ha prometido pedirle a Dajimín que partamos los tres de inmediato hacia las montañas. He conseguido que la Sociedad Lingüista prorrogue mi tiempo de estancia en Aanuk, teniendo en cuenta las dificultades que puedo encontrar en mis contactos con los fihdia. Hace un mes envié a la Tierra un mensaje vía satélite desde el único puesto de comunicación que existe en el planeta, en el también único espaciopuerto, a más de cien kilómetros de Laari, viaje de ida y vuelta que me llevó dos semanas e hice en compañía de Quanuuk Aasiam–Dajimín Kovba, hijo del *paava* de Laari. La respuesta, tres días después, ya se sabe que comunicarse desde la Tierra con un planeta de la Zona Exterior es un proceso harto complicado, era que se me concedía esa prórroga, máxime teniendo en cuenta que la nave turística que supuestamente iba a venir en mi busca pertenece a una empresa que ha decidido cancelar sus vuelos hasta Aanuk por problemas económicos. La Sociedad me ha asegurado que en todo caso se servirá de cualquier nave comercial para recogerme y llevarme de regreso. Me ruega que no me preocupe. Yo no estoy preocupada en absoluto. Al contrario, me encuentro dispuesta a aprovechar la circunstancia y quedarme en este planeta aislado todo el tiempo que necesite para mi investigación.

Los fihdia

Once meses después de la llegada

El Informe Monteverde

Por fin he logrado hablar con una mujer fihdia. He tenido que esperar para ello más de una semana, que Ridra, Dajimín y yo hemos pasado en una tienda de campaña, en el bosque, casi a un kilómetro de la cueva donde esa mujer vive con otros de su raza. Fue Dajimín, como *paava*, quien solicitó la entrevista, y han tardado todo ese tiempo en concedérnosla.

El viaje hasta aquí nos ha llevado un mes, ya que, por supuesto, viajamos sin prisa alguna y además salimos de Laari dos semanas después de lo que me prometió Ridra. Durante estos últimos días, mis dos compañeros me han contado, por fin, todo lo que saben acerca de «ellos», los pobladores ciegos de las cavernas. No es mucho o, al menos, no es todo lo que me gustaría conocer.

Por ejemplo, no pueden explicar de dónde provienen los fihdia y el origen de su discapacidad física. Afirman, eso sí, que llegaron a este planeta después que los aanukiens. Al parecer (sospecharon estos entonces y la sospecha se ha ido transmitiendo de generación en generación), los fihdia eran una secta religiosa que tuvo que huir de su mundo de origen a causa de sus creencias. Una fe que han mantenido inalterable hasta hoy, pues su vida se basa en la religión.

Si bien al principio mantuvieron relaciones amistosas con los aanukiens, la amistad acabó pronto, cuando quisieron convertirlos a

su fe. Como el intento fue inútil, los fihdia empezaron a distanciarse más y más. Y aún hoy, insisten Ridra y Dajimín, siguen teniendo muy mala opinión sobre los aanukiens (peor que en el sentido contrario), pues al ser su religión muy puritana en cuestiones sexuales, consideran que sus compañeros de mundo son escandalosamente promiscuos y están en constante pecado, ya que ni siquiera hay un compromiso estable en sus parejas.

Los fihdia viven en grupos grandes y cerca unos de otros, para poder comunicarse más fácilmente. Son grupos muy jerarquizados. Hay dos clases de individuos: los «normales» o *tolnumu*, y los «elegidos» o *tanka-la-intu*, que son el contacto con la divinidad en la que cree el pueblo fihdia y además gobiernan las comunidades donde viven. Se pertenece a un grupo u otro por nacimiento. Y muy importante: solo pueden ser *tanka-la-intu* las mujeres, porque tienen la capacidad de engendrar, requisito indispensable, al parecer, para comunicarse con su divinidad. Los individuos normales, varones y mujeres, trabajan para las *tanka-la-intu*, proporcionándoles el alimento y el vestido.

No me sorprendió en absoluto saber que, al igual que hay dos castas, los fihdia tienen dos idiomas: el *imu* o lengua común, que hablan todos, y otra lengua exclusiva de las «elegidas», llamada *gutia*, que es la que estas utilizan para hablar con su divinidad.

Por supuesto, la lengua que conocen los aanukiens, y que Dajimín me está enseñando, es el imu.

El encuentro con la *tanka-la-intu* (pues tal es aquella que ha accedido a entrevistarse conmigo) se ha realizado cerca de la entrada de su cueva. Ridra, Dajimín y yo caminamos hasta allí, nos sentamos y pocos minutos después apareció la mujer fihdia, que vino hacia

nosotros (estábamos en silencio) con tanta seguridad en sus pasos como si nos viese. Se sentó también, cruzando las piernas. Era baja, muy gruesa, de piel menos oscura que la de los aanukiens y más amarillenta, apenas tenía cabello y desde luego carecía de la belleza física de los otros habitantes de Aanuk: su cara, redonda y chata, de músculos fláccidos, tenía arrugas, papada, bolsas bajo los ojos. Mi sentimiento fue casi de repulsión. Nos miró (sus iris eran de color naranja pálido) y yo, en un reflejo automático, aparté mi mirada de ella.

Nosotros tres nos presentamos, pero no nos dio su nombre a cambio. Yo la saludé utilizando la expresión que me había enseñado Dajimín, por ser la fórmula adecuada (hay más de treinta, me explicó el jefe de Laari). El saludo se componía de cinco palabras con las que yo especificaba que era una mujer extranjera saludando a una mujer fihdia *tanka-la-intu* por primera vez a la entrada de su cueva. Luego me disculpé por mi desconocimiento del *imu* y, utilizando algunas palabras de este y muchas del idioma aanukien (tuve que pedir perdón asimismo por usar el último), le dije de dónde venía y los motivos de mi viaje a Aanuk, y las razones más concretas por las que visitaba a los fihdia: quería aprender y estudiar el *imu* igual que lo estaba haciendo con el aanukien.

Yo esperaba recelo por su parte, el normal ante una desconocida, y además de otro mundo. También debía aguardar cualquier otro tipo de actitud no cooperativa durante nuestro diálogo. Es algo de lo que tengo experiencia como lingüista investigadora de culturas muy variadas y diferentes a la mía. La Sociedad no me hubiera enviado tan lejos y en una misión tan costosa de no tener esa experiencia. Y, sin

embargo, no fui capaz de prever casi nada de lo que sucedió a partir de ese momento, quizás porque el tiempo pasado con los aanukiens, siempre tan amables y colaboradores, me había hecho perder reflejos.

Lo primero que me desconcertó fue la inmovilidad absoluta en que se mantuvo la mujer fihdia mientras hablábamos. Uno de los elementos fundamentales de estudio para un lingüista es el lenguaje no verbal, kinésico: las posturas corporales, los movimientos y gestos de las manos, de la cabeza, la cara, miradas, pestañeos, todo ello es tan importante como las palabras en sí. Yo había supuesto que este tipo de comunicación estaría limitada en los fihdia por su incapacidad de ver, pero lo que no me esperaba es que no hiciesen *ningún* gesto. También había pensado que el contacto físico sería un instrumento clave para ellos a la hora de comunicarse: ya que no podían ver a su interlocutor, sin duda le tocarían, y mucho. De nuevo me equivoqué. Según me explicaron más tarde Ridra y Dajimín, los fihdia son muy reacios a cualquier contacto corporal, a causa de los preceptos de su religión, y más por añadidura si tratan con individuos de otro pueblo.

La quietud de mi interlocutora, su cara que parecía una máscara, sus pupilas fijas en mí, me pusieron cada vez más nerviosa. Y mi desasosiego aumentó cuando empecé a comprender que sí tenían un lenguaje no verbal, para el que yo no estaba preparada: los silencios. Silencios tan frecuentes como indescifrables, ante los que yo no sabía reaccionar. Pocas veces en todos mis años de investigadora me he sentido tan incómoda como ante aquellos vacíos entre frases o dentro de las frases mismas, huecos en cuyo transcurso la mujer fihdia parecía esperar algo, yo la miraba y miraba a Dajimín y Ridra, y ellos se tocaban la barbilla, un gesto aanukien semejante a nuestro encogerse de hombros.

Intentaré resumir la conversación lo más fielmente posible. Tras explicarle yo el motivo de mi visita, la *tanka-la-intu* se quedó callada un buen rato, hasta que de pronto me preguntó, en aanukien:

–¿Cuántos idiomas sabes?

–Hablo diez lenguas terrestres, además de mi idioma materno, y puedo expresarme y entender de modo aceptable otras ocho. Conozco bastante bien cinco lenguas no terrestres.

–¿Por qué elegiste este mundo para venir?

–Porque me dijeron que era muy hermoso –Inmediatamente después de responder esto me maldije: ¿cómo se me ocurría hacer mención, ante una persona ciega, de una belleza que se percibe sobre todo a través de la vista? Tartamudeando intenté rectificar–: Porque ningún lingüista ha venido aquí hasta ahora y porque me dijeron que los habitantes de este mundo eran gente pacífica y amistosa y hospitalaria con los extranjeros.

–¿Cuánto tiempo llevas con los aanukiens?

–Unos once meses –Y empecé a poner disculpas por no haber intentado contactar antes con los fihdia.

Me interrumpió para preguntarme quién me había enseñado las palabras que conocía del *imu*. Le dije que mis acompañantes, Dajimín y Ridra. Aseguró entonces que no conocía de nada a ninguno de los dos, aunque Dajimín me había contado que no era la primera vez que hablaba con esta *tanka-la-intu*. Luego insistió en saber qué otras palabras sabía yo de su idioma y en preguntarme sobre la Tierra, sobre aspectos tan diversos y, en cierto modo, banales como la comida, el vestido, si teníamos muchos hijos… No soy capaz de recordar todas sus preguntas mezcladas con repentinos silencios. Procuré agradecerle varias veces con la mayor vehemencia el haber

accedido a hablar conmigo, y en una de esas ocasiones me preguntó de pronto si me gustaba la música. Y siempre que intenté plantear si me sería posible estudiar su idioma, o bien se quedó callada o bien quiso enterarse de si el pescado estaba entre mis comidas favoritas, o de cuántas horas dormía yo por la noche.

Más tarde, ya terminado el diálogo, pude reflexionar sobre él y sobre todas las actitudes de mi interlocutora que me desconcertaron: los silencios, las interrupciones y mentiras, los bruscos cambios de tema. Actitudes que eran una transgresión –¿deliberada?– de los principios de cooperación lingüística que suelen seguir los hablantes en las conversaciones. Principios que no tienen por qué ser conscientes para la mayoría de nosotros, pero que obedecemos, y cuya ruptura somos capaces de percibir. Un hablante es cooperativo con su oyente cuando le da la información que este pide, del modo más claro, completo y sincero posible, y ateniéndose al tema tratado. Consiste en una regla social que se basa en la confianza y que puede romperse si esta no existe, o, por ejemplo, cuando hay un conflicto personal entre los interlocutores (las parejas en sus peleas suelen ser muy poco cooperativas). Entre la mujer fihdia y yo no había ningún conflicto personal, pero también es cierto que no existía confianza: al fin y al cabo yo provenía de un planeta totalmente desconocido para los fihdia. Claro que Ridra y Dajimín me han explicado que los habitantes de las cuevas son así también con los aanukiens. Ridra piensa (una hipótesis que me parece bastante válida) que los fihdia utilizan los silencios, las mentiras, la ambigüedad y los cambios de tema como formas de confundir a sus interlocutores, de dominarlos a través del lenguaje. Y esto es porque los temen, temen a quienes vemos, pues

contamos con una capacidad que en determinados aspectos nos hace superiores, tal vez incluso peligrosos.

No obstante, creo que debo sentirme satisfecha: la *tanka-la-intu* aceptó meditar sobre mi solicitud y consultarla con otras «elegidas» y con su divinidad. Espero que esta sea más benévola conmigo que su mediadora.

Intervalo de espera

Cuaderno personal

Llevo una semana esperando la respuesta de la *tanka-la-intu* y empiezo a estar nerviosa. Aunque Ridra me ha dicho que, si su decisión es negativa, lo intentaremos con otro grupo fihdia, también me ha advertido que ese rechazo sería un mal equipaje que llevar al segundo intento. Los grupos fihdia se comunican entre sí y tienen muy en cuenta las opiniones de cualquier *tanka-la-intu*, aunque pertenezca a otra comunidad.

Dajimín se fue hace tres días. Nos hemos quedado solas Ridra y yo. El *paava* de Laari tenía cosas que hacer en el pueblo: recibir a un numeroso grupo de nómadas que todos los años por estas fechas pasan por allí y participar en una fiesta que va a realizarse para celebrar que una pareja de Laari tuvo gemelos poco antes de salir nosotros tres de viaje. Ya he explicado que los aanukiens organizan fiestas por cualquier motivo y procuran no perderse ninguna de ellas. Durante nuestro viaje y durante estos días en que hemos estado viviendo en el bosque, Dajimín se dedicó a ensayar las canciones que cantará en la fiesta para la pareja de niños. Se las ha inventado él. A veces Ridra lo acompañaba en sus ensayos. La voz de Dajimín es muy grave, de barítono; la de Ridra, de soprano. Servirían los dos perfectamente para la ópera. La verdad es que nunca he conocido un pueblo con tanta aptitud para la música ni tanto amor por ella como el aanukien.

De todos modos, en mi opinión Ridra y Dajimín son muy distintos. Es algo que no sé bien cómo explicar. Dajimín me parece un hombre sencillo, muy alegre, sin ningún tipo de malicia. Está muy orgulloso de que yo viva en Laari y no porque crea que puede obtener algún beneficio de ello, sino porque todos sus vecinos se sienten importantes al saberse elegidos por la Sociedad como mis anfitriones. Cuando le hablo de la Tierra y de mis otros viajes de investigación, me hace todo tipo de preguntas y se queda embelesado con las historias que cuento: como un niño. Como los niños, como la mayoría de los aanukiens, se relaciona bien conmigo porque considera que yo le trato bien, y me quiere porque yo le tengo cariño. Si le fuese antipática, si no quisiera ayudarme por alguna razón, me lo diría con toda claridad. Sin embargo, e igual que los niños, prefiere no hablar de los temas que le disgustan, como si eludiéndolos dejaran de existir. Uno de estos días, en un momento en que estábamos solos los dos pues Ridra se había ido a dar un paseo, le pregunté el motivo de que no le gustasen los fihdia.

–Porque no –contestó.

–Pero tiene que haber alguna causa, quizás te la hayan transmitido tus antepasados. Me parece imposible que no pueda existir alguna forma de relación entre vuestros dos pueblos, un camino para encontraros.

–No quiero hablar de eso –dijo, y no hubo modo de sacarle de ahí. Intenté explicarle que no se consigue nada huyendo de los problemas, pero me di cuenta de que estaba haciendo referencia a un tipo de complejidad mental (los mecanismos de evasión) que a él le resultaba realmente inabordable.

Ridra es muy alegre también, pero a veces he tenido la impresión de que en su alegría hay algo forzado, como si en ocasiones tuviese que fingir, que ocultar un sentimiento opuesto: una oscura melancolía cuyo origen desconozco.

En Laari, en nuestra casa, la he visto pasar horas enteras delante del espejo, cambiándose de vestido y probándose joyas para acudir a alguna fiesta del pueblo o a alguna de las reuniones que tiene con su novio Ilimanak y sus amigos más íntimos, muchos de los cuales han viajado asimismo fuera de Aanuk y se dedican también a escribir poesía. En esos encuentros, a los que en ocasiones me han invitado, leen sus poemas, cantan, bailan, ríen y conversan. Pero todos ellos, es curioso, me recuerdan en cierta manera a algunos de mis compañeros de la Universidad, a quienes les gusta igualmente reunirse para hablar de «sus asuntos», esto es, de sí mismos. Hay entre los amigos de Ridra como un ambiente de «distinción», una tendencia tanto al cultivo de lo intelectual como a lo sofisticado en su manera de vestir. Desde luego este grupo tiene poco que ver con el resto de habitantes de Laari, que son –la prueba está en Dajimín– mucho más sencillos. Al acudir a esas fiestas privadas comprendí por qué los aanukiens nómadas miran con cierta suspicacia a los sedentarios y los acusan de preferir las comodidades materiales a la vida en libertad, y de ser unos presumidos y creerse más refinados que ellos, los pastores.

Incluso aquí, en el bosque, donde hemos pasado todo el tiempo al aire libre y en soledad, y hemos dormido en una tienda, Ridra no ha abandonado sus costumbres. Se cambia de traje dos veces al día (ha traído más de diez: son túnicas variadas que se hace ella misma y que tiñe de colores o borda con dibujos) y lleva puestas todas sus joyas. A veces se sienta largos ratos a fabricarse pulseras entrelazando cintas de

cuero que pinta también. Todo esto ante la mirada de estupor de Dajimín, quien, según llegó a confesarme al fin abiertamente, no logra entender que alguien sea tan presuntuoso. Claro que Dajimín –ahora doy la opinión de Ridra– sigue siendo un nómada: se hizo sedentario porque la mayoría de su tribu lo decidió así, pero su modo de ser y de pensar no han variado respecto a cuando era trashumante.

Yo creo que las diferencias entre Dajimín y Ridra no reflejan solo las que existen entre aanukiens nómadas y sedentarios, sino que van más allá. Pienso que se deben también al hecho de que Ridra ha estado fuera de Aanuk, ha conocido otros mundos. E intuyo que la melancolía de ella a la cual antes me referí, esa tristeza que aparece en su gesto, en su manera de *no* mirarme, o incluso cuando entrelaza tiras de cuero para una pulsera, se peina y viste para una fiesta en Laari (los momentos en que Dajimín la juzga presumida), guarda relación asimismo con los años en que vivió lejos de este planeta, aunque es una relación que aún no soy capaz de comprender con claridad. Lo percibo más nítidamente en Ilimanak. Él y yo no nos tratamos mucho, coincidimos poco tiempo en nuestra casa de Laari (Ilimanak trabaja como maestro en el pueblo), y además es un hombre taciturno; solo conversa fluidamente con Ridra y sus amigos. Me trata con cortesía, pero a la vez distancia. Al principio, me preguntaba mucho sobre la Tierra. Él pasó varios años en New Alejandría y quería saber cómo seguía siendo la vida en la gran ciudad. Comprendí que añoraba, e incluso había idealizado, todo lo que había visto y conocido allí, tan diferente a la sencillez de Aanuk. En cierta ocasión, al decirle que yo no echaba de menos para nada esas presuntas comodidades que aporta la tecnología, su gesto pareció ensombrecerse más aún de lo habitual.

–Eso es porque sabes que volverás a disfrutar de ellas, que no te quedarás para siempre aquí, en un remoto planeta exterior, aislada de las otras civilizaciones, un mundo que te parece hermoso porque vienes como visitante. Si te quedases aquí para el resto de tu vida, ibas a aburrirte mucho de tanta belleza y tranquilidad.

–Creo que puedo decirte lo mismo, que tú solo recuerdas lo mejor de una megápolis porque estuviste un tiempo y como un visitante tan privilegiado en cierto modo como yo. Si ahora marcharas allí, sería en condiciones muy distintas, te convertirías en un emigrante más, y la vida de estos puede llegar a ser muy dura, te lo aseguro –Este comentario mío no pareció gustarle nada y volvió a su silencio ahora hosco; nunca quiso tratar de nuevo conmigo aquel tema.

Ayer, recordando ese diálogo (tras la marcha del *paava* estábamos ya solas Ridra y yo) intenté dialogar con ella de esta cuestión.

–No quiero hablar de eso –me respondió de inmediato.

Es curioso, los aanukiens dicen «no quiero hablar de eso» desde el corazón, no desde la cabeza. Están expresando lo que sienten. Desde un principio me sorprendió su capacidad para ello. «Somos un pueblo sentimental», asegura Ridra, y creo que tiene razón. En mi cultura (y en muchas otras, terrestres y no terrestres) no siempre resulta fácil hablar de las emociones. Se suelen medir las palabras, por pudor, por cortesía, por miedo. Nos censuramos nosotros mismos; callamos para no quedar al descubierto; mentimos para no herir a otros. Una censura que se da tanto en el amor como en el odio, cuando creemos que no van encauzados por los derroteros aceptables, convenientes. Los aanukiens no son así. Verbalizan sus sentimientos con mucha más facilidad y libertad, de manera inmediata. Por eso apenas conocen el rencor, ni los secretos penosos, ni la neurosis. Es algo que se refleja en

su idioma donde, al igual que sucede con los colores, hay un número de términos muy amplio referido a las emociones. Y no se trata solo de una cuestión de número, sino también de calidad. Muchas palabras aanukiens describen estados o procesos del ánimo que en mi lengua necesitarían frases enteras. Y no estoy idealizando a estas gentes. Pues cuando hablo de emociones me refiero tanto a las positivas como a las negativas, entendiendo por negativas las que hacen daño tanto a uno mismo como a los demás. Por ejemplo, no se preocupan casi nunca de disimular su odio ni de controlar su ira, lo cual a veces tiene unas consecuencias poco envidiables.

Hecho este inciso vuelvo otra vez al caso contrario, al positivo, y voy a dar una prueba escrita. Se trata de un texto de Ridra Jaan, que las dos juntas hemos traducido a mi lengua (ambas sabemos que la traducción es solo un pálido reflejo, un sucedáneo del original). Ridra lo escribió para un amigo suyo. Este había perdido a otro que murió de forma inesperada. Hay una palabra aanukien, *kaannauda*, que significa literalmente «dolor que se experimenta ante el dolor que siente otra persona». En mi lengua existe un término parecido: «compasión», pues desde el punto de vista etimológico quiere decir «padecer, sufrir con otro». Se trata, sin embargo, de una palabra que en mi cultura ha adquirido connotaciones negativas, ya que se entiende como tener lástima de alguien. Yo la considero muy hermosa en su primera acepción, semejante a la de *kaannauda*.

Transcribo el texto de Ridra tal como lo hemos traducido; sin título, ya que no lo tiene:

«*Tu dolor es una piedra. Dura como un diamante, transparente igual que un carámbano de hielo, que el llanto. Ha anidado en tu garganta. Por eso las lágrimas del corazón no pueden llegar hasta tus*

ojos, por eso la pena no sabe a nada en tu boca, por eso no sientes sino el nudo que te aprieta donde debería estar un grito, y un vacío en el estómago, en las palabras que pronuncias y que oyes y que olvidas de inmediato como se olvida un borroso sueño.

»*Mi compasión (*kaannauda*) es un cuenco de barro. De barro común y silencioso. Le di forma con mis manos, lo he pulido con mis dedos por la tarde, en mi casa. He puesto en él todo lo que no sé decir con palabras: mi dolor por tu dolor, la esperanza de que un día encuentres consuelo. Al dártelo te pediré que cada mañana lo llenes de agua y bebas. Poco a poco, el agua irá deshaciendo la piedra dura en tu garganta; poco a poco, hasta que la disuelva por completo. Entonces las lágrimas podrán subir hasta tus ojos, el dolor estallará como una tormenta, el grito alcanzará tu boca. Será mejor entonces, será el final del frío. Ya no necesitarás el cuenco. Sal con él de casa. Busca el río más próximo, déjalo allí para que se lo lleve la corriente*».

Hoy, poco antes del amanecer, nos ha despertado el sonido de un tambor. Ridra me ha dicho que era una llamada fihdia. Nos levantamos de inmediato y fuimos hacia el lugar donde yo hablé con la tanka-la-intu y donde ahora, en efecto, esta nos aguardaba. Lo que me comunicó fue muy breve. Su divinidad había aceptado mi propuesta de estudiar el idioma de los fihdia. A partir de hoy y durante cincuenta jornadas, ella misma saldría a diario de su cueva para enseñarme su idioma. Era preferible, añadió, que Ridra no estuviese presente en nuestros encuentros.

Me deshice en agradecimientos, aunque no me sentía totalmente satisfecha. Yo hubiera preferido una inmersión en un grupo fihdia, para conocer también su modo de vivir. Claro que no podía protestar

y no me quedaba otro remedio que aprovechar al máximo lo que se me ofrecía.

Y desde luego me alegra haber confirmado que no hay ningún pueblo que se resista a la vanidad de saber que su lengua es un objeto tan codiciado por los Lingüistas como el oro para los buscadores de riquezas.

Primeras observaciones sobre la lengua fihdia

Treinta y cinco días después

El Informe Monteverde

De entre todos los sonidos que los humanos somos capaces de producir (desde un grito hasta la risa o el canto) cada lengua escoge una serie de ellos para formar sus palabras. Estos sonidos son articulados por el aparato fonador (cuerdas vocales, lengua, paladar, dientes, labios). Los fonemas son las representaciones ideales de esa serie de sonidos. Son ideales porque un mismo fonema, «a» por ejemplo, se pronuncia siempre de un modo distinto: variaciones con frecuencia imperceptibles para un oído común.

La lengua aanukien tiene 37 fonemas diferentes. En general es un idioma que abunda en el uso de vocales abiertas (como la «a», «e», «o»), en consonantes líquidas y vibrantes («l», «r»), y consonantes sonoras (aquellas que hacen vibrar las cuerdas vocales con un zumbido, vibración que puede percibirse si el hablante se toca la garganta). Ridra me comentó en una ocasión que la abundancia de este tipo de fonemas refleja el carácter abierto, vital y alegre del pueblo aanukien. Una hipótesis tan discutible como atractiva.

Cuando Ridra decía eso pensaba en los fihdia. Porque desde luego, en el *imu*, su lengua común, hay una notable superioridad de vocales cerradas («i», «u»), de consonantes sordas (sin vibración de las cuerdas vocales), nasales, oclusivas, y todas aquellas que se articulan

en la parte posterior de la boca: guturales (articuladas en el velo del paladar) y glotales (articuladas en la glotis). Lo que demuestra, en opinión de Ridra, que los fihdia son introvertidos, severos de espíritu, con una tristeza oscura.

Como ya he dicho, en la lengua aanukien hay 37 fonemas diferentes, un número que no destaca ni por lo reducido ni por lo amplio. No ocurre así en el caso del *imu* fihdia. Hay que tener en cuenta que raramente el número de fonemas de un idioma supera la cincuentena. Limitación que se debe a la capacidad auditiva humana: podemos emitir muchos sonidos distintos, pero cuando se convierten en fonemas esas diferencias tienen que ser perceptibles al oído para poder distinguirlas. De hecho, una serie muy numerosa de fonemas complica el aprendizaje de una lengua, sobre todo en la edad adulta, cuando ya es muy difícil adquirir nuevas costumbres articulatorias y auditivas. Pues bien, el *imu* fihdia cuenta nada menos que con 63 fonemas distintos. Desde luego yo soy incapaz de diferenciar bastantes de ellos, muy parecidos entre sí. Pero el oído de este pueblo de ciegos está mucho más desarrollado que el mío.

Hasta ahora, la mujer fihdia con la que me encuentro a diario solo me enseña el idioma común de su pueblo, el *imu*. En cuanto al *gutia* (que, efectivamente, como me explicaron los aanukiens, es una lengua religiosa que solo conocen las *tanka-la-intu* y utilizan para comunicarse con su divinidad), mi interlocutora me ha confirmado lo que yo temía: está prohibido enseñarlo, tanto a los fihdia que no son *tanka-la-intu* (los «normales» o *tolnumu*) como a los extranjeros. No obstante, me ha dicho que puedo hacerle las preguntas que quiera sobre esa lengua exclusiva. Ella decidirá si contestarlas o no.

Voy a transcribir ahora una de las conversaciones más interesantes que he tenido con la *tanka-la-intu*.

Pregunta. –¿Son muy distintas la lengua *imu* y la lengua *gutia*?

Respuesta. –Completamente.

P. –¿Quiere eso decir que las palabras del idioma común no se utilizan nunca en el *gutia*?

R. –Jamás.

P. –¿El *gutia* sirve solo para hablar a la divinidad?

R. –Únicamente.

P. –¿Se puede traducir al *imu* el significado de las palabras del *gutia*?

R. –Está prohibido.

P. –¿Por qué?

R. –Sería ofensivo para la divinidad.

P. –¿Pero tienen significado las palabras del *gutia*?

R. –Lo tienen.

P. –Y ese significado solo lo conocen las *tanka-la-intu*.

R. –Tú misma has dado la respuesta.

Por supuesto, una de las cosas que más me interesan es la incidencia de la falta de visión de los fihdia en su lenguaje. Una buena parte de las preguntas que he hecho durante todos estos días a la *tanka-la-intu* trataba sobre este asunto. En principio tuve miedo de herir su sensibilidad, pero para mi sorpresa fue ella misma quien me invitó a abordar el tema sin ninguna cortapisa.

–Para ti, igual que para los aanukiens –me dijo–, nuestra ceguera es una desgracia. Quizá llegues a comprender que nosotros no lo consideramos así.

He confirmado desde luego lo que esperaba: la ausencia de determinadas palabras en el vocabulario fihdia. Por ejemplo, los colores no «existen» para ellos. Carecen incluso del término «color». Tampoco hay una palabra para «oscuridad», que solo puede «existir» en oposición a la «luz»; oposición que solo percibimos los videntes o los que no son ciegos totales. De cualquier modo, tengo que explicar algo: aunque me resulte difícil entenderlo (tal vez le ocurriría lo mismo a cualquier vidente) los fihdia no ven tinieblas, sino que sus ojos se enfrentan a una bruma sin matices, a una especie de *nada*. Esto es al menos lo que he concluido de las explicaciones que me ha dado la *tanka-la-intu*.

Tampoco tienen palabras en su léxico para nombrar los colores de piel y cabello humanos, o los arquetipos de belleza física: no hay personas guapas o feas, aunque sí las que poseen una voz bonita, un olor agradable o repulsivo.

De igual manera el idioma fihdia carece de vocablos para referirse a cualquier tipo de espacio demasiado vasto, que ni siquiera son capaces de imaginar. Es como si para ellos no hubiese «cielo» o «paisajes». Al día lo llaman *nguei*, que significa «más calor»; a la noche *finguei*, «menos calor». A la montaña, *trumta*, «tierra abrupta a los pies»; al mar, *alkunauham*, «enorme agua salada».

Por contra y como yo esperaba hay una sobreabundancia de términos relacionados con sentidos que no son la vista. De hecho, el *imu* refleja la capacidad de los fihdia de percibir muchos más olores, sonidos, temperaturas… que un pueblo vidente. Distinguen un gran número de tipos de suavidad, aspereza, de variaciones en lo duro o blando, liso o rugoso, aromático o maloliente, tibio o fresco. Ya he dado algunos ejemplos de cómo son estas cualidades las que nombran

los objetos, las cosas. Añado otros: los fihdia llaman *gloika* («aroma vegetal») a una flor; *llan-nakat* («ruido enorme de agua») a una cascada. Y un dato curioso: en el *imu* no existen los demostrativos «este», «ese», «aquel», que indican referencias espaciales (lo más próximo a mí, lo que está a media distancia, lo que está más lejos); en su lugar aparecen los términos *seke*, *sektimu*, y *sekden*, que significan, respectivamente, «lo que yo toco», «lo que tú tocas», «lo que él o ella tocan» (ejemplo: *seke-timajin*, «recipiente que yo toco»; *sektimu-timajin*, «recipiente que tú tocas»).

Otros datos muy significativos. Primero, una observación general. En mi opinión, la característica más destacada del *imu* (esa lengua que he llamado «común» simplemente porque es usada por todos los fihdia) es que se trata de un idioma muy analítico y preciso. Una prueba: el *imu* es una lengua flexiva, con casos y declinaciones, como el latín. Pero mientras en este había 6 casos, el *imu* cuenta nada menos que con 85, todo un récord: no conozco ningún otro idioma con tantos. La razón de un número tan elevado de casos es dar la información del modo más exacto posible.

Otra característica destacable es la tendencia fihdia a construir oraciones muy largas y complejas, con abundancia de elementos subordinados. He aquí una frase pronunciada por mi maestra *tanka-la-intu*, que está en mi grabadora como prueba irrefutable: «El pájaro que en las ramas del árbol de gran altura y grueso tamaño que se encuentra más próximo a nosotras en el camino que desde aquí lleva a la caverna que es mi hogar y el de toda la comunidad con la que vivo entona un canto que recuerdo haber escuchado muchos otros días ya que suele venir a posarse en árboles cercanos a mi cueva, se llama en mi idioma *ganta-noikeus*».

Mi maestra suele utilizar con frecuencia frases parecidas, que emite a toda velocidad. Siempre le tengo que pedir que las repita. No creo que lo haga con mala intención, pese a que Ridra asegura que a los fihdia les gusta *obsequiar* con esas oraciones a los extraños, para darse el gusto de reírse cuando no las comprenden. Más bien pienso que debido a su ceguera los fihdia han desarrollado enormemente su capacidad de concentración y retentiva, y por ello pueden construir y comprender con toda facilidad frases más extensas y complicadas incluso que la del ejemplo.

Lo cierto es que estoy contenta de mis charlas con la *tanka-la-intu*, de todo lo que aprendo. Son conversaciones cada vez más relajadas por mi parte, aunque ella se siga mostrando tan impasible como al principio, y todavía no me haya dicho cómo se llama siquiera. Pero creo que ya no recela de mí, lo creo porque ahora no me miente, ni cambia de tema de pronto, y responde a casi todas mis preguntas. En los últimos días me he atrevido incluso a interrogarle no solo sobre su idioma, sino acerca del modo de vida de su comunidad y de los fihdia en general.

Esta mañana le he preguntado:

–¿Realmente los fihdia viven solo para su religión?

–¿Para qué vives tú? ¿Vives solo para tu trabajo?

–En mi planeta, la Tierra, y en otros, hay personas que se apartan del mundo para dedicarse a lo que llaman la vida contemplativa: se dedican a pensar en su dios y en los misterios de su religión. Son las monjas y monjes de clausura. A eso me refería. ¿No se les puede comparar con vosotras las *tanka-la-intu*?

–Entiendo lo que dices y, sí, la existencia de las *tanka-la-intu* está orientada hacia la meditación y el amor de la divinidad. Pero también

al amor a todas sus criaturas, al trabajo y a cuidar de todos los fihdia que están a nuestro cargo.

–¿Cómo se llega a ser *tanka-la-intu*?

–Por nacimiento. Sin embargo, aquella que no desea serlo puede renunciar.

–¿Y eso ocurre a menudo?

–Ocurre –hizo una larga pausa, luego continuó–. Sé lo que los aanukiens te han dicho de nosotras. Te han dicho que pasamos todo el día sentadas en el mejor sitio de nuestra cueva, esperando que nos traigan de comer. Te han dicho que engañamos al resto de los fihdia: haciéndoles creer que nos comunicamos con la divinidad y que es ella quien nos dicta las leyes para nuestro pueblo. Los aanukiens piensan que nos inventamos esas leyes en nuestro propio beneficio y para mantener sometidos a los *tolnumu*. Te han dicho que esas leyes son severas, ásperas, terribles, pues amenazan con el castigo a quien no las cumpla. Te han dicho que las *tanka-la-intu* nos privamos de cualquier clase de placer de los sentidos y obligamos también a ello a los demás fihdia. Todo eso te han dicho. Pero los aanukiens mienten sobre nosotros, mienten porque nos tienen miedo. Algún día, tal vez, comprenderás la razón. Además te aseguro que ser *tanka-la-intu* no es para nosotras un privilegio. Cierto que no hacemos un trabajo físico, pero a veces preferiría salir a pescar o a recoger las setas que crecen en los terrenos húmedos alrededor de nuestras cuevas, en vez de sentarme a meditar cómo ayudaré en el conflicto de un matrimonio o si debo aceptar o no la propuesta de una extranjera que quiere estudiar nuestro idioma. La divinidad no siempre contesta cuando se le pregunta. A veces tiene que decidir mi propia conciencia, todos los fihdia lo saben. Es una carga pesada.

–¿Tu divinidad no te respondió sobre mi propuesta de estudiar tu idioma?

–No contestaré a esa pregunta. No conviertas mi sinceridad en tu arma.

Le pedí disculpas, pero continué preguntando:

–¿Es cierto que consideráis que los aanukiens viven en constante pecado por su manera de relacionarse sexualmente, sin vínculos sancionados por una divinidad y sin tener como único fin la procreación?

–Los aanukiens piensan que su modo de vida es el mejor; los fihdia creemos en el nuestro. Simplemente. Y no les juzgamos tanto como ellos nos juzgan. Dicen que una *tanka-la-intu* no se detiene a aspirar el aroma de una flor porque eso la aparta del amor a la divinidad. No solo es falso: es una tontería. A todos los fihdia nos gusta el aroma de las flores, la caricia del viento tibio en verano y la frescura del mar. Y nos gusta la música tanto como a los aanukiens.

–Pero la vida siempre dentro de una cueva tiene que ser muy triste.

–Las cuevas son nuestros hogares. Y no siempre estamos dentro. Igual que tus amigos, los fihdia vivimos en la naturaleza, que es obra de la divinidad. Eso sí, no hacemos tantas fiestas como ellos.

–Conoces muy bien a los aanukiens.

–Soy ciega, pero tengo oídos para escuchar lo que ellos mismos cuentan al jactarse de lo alegre que es su pueblo.

–¿Por qué os odiáis tanto?

–Los fihdia no odiamos a los aanukiens. ¿Odiarías tú a un niño que tiene miedo?

Y en ese momento la *tanka-la-intu* hizo un ademán (el único en todo el diálogo) que yo he aprendido a entender. Significa: estoy

cansada, la conversación ha terminado. Se puso en pie, dio media vuelta y se dirigió (con una seguridad en sus pasos que no deja de asombrarme ni un solo día) hacia su cueva.

En el corazón de la tempestad

Cuaderno personal

Sorprendentemente, ahora que mi comunicación con la *tanka-la-intu* ha mejorado, empiezo a tener problemas con Ridra. Ayer, cuando le conté lo que la mujer fihdia y yo habíamos hablado, casi se puso furiosa.

–¡La abeja reina! –exclamó–. Así que dice que no le gusta que la alimenten sus abejitas obreras. Claro, como no puede ver lo gorda que está…

Le respondí que sus observaciones me parecían muy desagradables.

–Te está empezando a resultar muy simpática la *tanka-la-intu* –contraatacó.

–¿Se puede saber por qué te pones así? Cualquiera diría que tienes celos.

Se quedó callada y se sentó en el suelo. Al cabo de un buen rato preguntó:

–¿Cuándo terminarás tu trabajo con los fihdia?

No es la primera vez que me lo pregunta. Está inquieta y sé el motivo: Ilimanak. Me ha confesado que teme separarse durante mucho tiempo de él, teme que busque otra pareja, aunque sea temporalmente.

–Se pone triste cuando se queda solo –me ha dicho–. Me quiere a mí, pero si necesita compañía la buscará. Y eso me da celos, no puedo evitarlo, igual que me pone celosa que te lleves bien con la *tanka-la-intu*.

Le he insistido en que quizás sea mejor que ella vuelva a Laari.

–No quiero dejarte sola –me ha contestado– y no es porque tenga celos de la fihdia.

Lo sé y se lo agradezco. Sin embargo, le he asegurado que soy capaz de arreglármelas sin ella perfectamente. Todavía me quedan quince días del plazo que me dio la *tanka-la-intu* y quiero aprovecharlos al máximo.

Así que Ridra y yo hemos acordado que ella se irá mañana y que al final de ese plazo enviará a otro aanukien a buscarme. Y también hemos decidido que esta noche celebraremos las dos una fiesta de despedida.

Tormenta

(7 días después)

Ayer, en plena noche, me despertó una tormenta. Ya por la tarde vi nubes negras atravesar las cumbres montañosas. Venían del océano, cargadas de lluvia; no obstante, confié en que pasaran de largo o descargaran solo una tormenta corta (ha habido varias desde que llegué al bosque). Pero esta vez la lluvia se volvió enseguida torrencial. Golpeaba el techo y los laterales de mi tienda con el mismo furor que el viento. Intenté tranquilizarme. Sin embargo, pasaban los minutos y el agua arreciaba, hasta que de pronto el techo de mi tienda se hundió y el interior empezó a inundarse. Me incorporé rápidamente, tratando de salvar sobre todo mis cuadernos y mi grabadora, y salí fuera para intentar rehacer la tienda.

De inmediato comprendí que no lo lograría, por la fuerza del viento. Además, yo empezaba a sentir auténtico terror, pues los relámpagos eran de tal magnitud que iluminaban todo el cielo con una fulgurante luz blanca, amarilla o anaranjada: un espectáculo de indudable belleza a la que yo en esos momentos no era nada sensible. Y los truenos parecían cañonazos: nunca los había oído tan fuertes. Me dije que no me quedaba más remedio que buscar cobijo en alguna cueva y recordé una muy pequeña que habíamos descubierto Ridra y yo.

En esa caverna pasé el resto de la noche, temblando de frío, porque estaba completamente empapada, aunque eso sí, mis cuadernos y mi grabadora se encontraban a salvo dentro de una bolsa de plástico que yo aferraba entre mis brazos. Fue una de esas noches en que

comprendes que el tiempo del reloj es tan arbitrario como el lenguaje: a mí me duró por tres o cuatro. Cuando amaneció por fin todos los músculos me dolían de no encontrar una posición cómoda y, aunque la tormenta había cesado hacía mucho, yo aún recordaba el ruido de los truenos y tenía ganas de beber algo caliente y de llorar.

Salí en busca de mi tienda.

La parte superior había volado, literalmente, y yo no me sentía con fuerzas para intentar encontrarla. Toda mi ropa, mi comida y mi saco de dormir estaban mojados.

Entonces escuché la llamada de un tambor. Fui hasta el lugar donde la *tanka-la-intu* y yo nos reuníamos. Ella estaba allí, de pie. Cuando percibió mi presencia a su lado, me preguntó:

–¿Te encuentras bien?

–No –respondí, y le expliqué dónde había tenido que resguardarme y la suerte de mi tienda, mi ropa y mi comida.

–Deberías haber venido a nuestra cueva. Salimos en tu busca pero no logramos encontrarte.

–No me atreví. Pensé…

–Comprendo. Es culpa nuestra. Ahora, ven.

Caminamos hasta la entrada de su caverna. Entonces me pidió que me pusiese detrás de ella y me agarrara a sus hombros, pues me guiaría en la oscuridad.

Yo siempre había imaginado que el interior de esa caverna sería frío y húmedo. Pero me equivoqué. El calor era intenso y el suelo que pisábamos, tan suave como si lo hubiesen pulido. Al fin vi algo: una hoguera, situada bajo una oquedad en el techo para que el humo pudiese escapar. Alrededor se encontraban sentados muchos fihdia. La *tanka-la-intu* me invitó a sentarme también. Había niños, adultos y viejos, mujeres y varones. Todos eran muy semejantes físicamente a mi maestra de *imu*.

En el fuego calentaban un recipiente, del que me sirvieron en un cuenco. Era un caldo muy sabroso que me reconfortó por completo. La *tanka-la-intu* estaba sentada junto a mí. Cuando terminé de beber me tomó la mano y el varón fihdia que se encontraba a mi izquierda hizo lo mismo. Todos se habían enlazado así, en círculo alrededor de la hoguera. Empezaron a cantar. Agradecían de este modo a la divinidad –me susurró la *tanka-la-intu* al oído– que la tormenta hubiese cesado. Las voces de los varones eran muy graves, casi roncas; las de las mujeres, demasiado agudas. Pero aquel canto tenía una armonía profunda, estaba lleno de sentimiento y de fuerza, y resonaba en la cueva de un modo sobrecogedor. Mis manos temblaron y sin duda la *tanka-la-intu* lo notó. Cuando se hizo de nuevo el silencio me dijo que buscarían una cueva próxima a la suya donde yo pudiese habitar hasta mi marcha. Entonces comprendí que yo era, casi con

toda seguridad, la primera persona de otra raza que había estado dentro de su caverna y que les había escuchado cantar.

Despedida

Esta mañana un aanukien ha aparecido, con su *kiita*, delante de la pequeña cueva donde he estado instalada hasta hoy.

–¿Tú eres Rachel Monteverde? –preguntó.

Su cara me resultó vagamente conocida, pero no recordaba haberlo visto en Laari.

–Ridra me ha enviado. Me llamo Darrel Aasiam–Dajimín Kovba. Soy hijo de Dajimín y hermano de Quanuuk. Mi caravana se encuentra en un lugar próximo a este, por eso Ridra me encargó que te buscara. Dentro de tres días parto hacia Laari.

Y es que hoy ha acabado el plazo que me concedió la *tanka-la-intu* para estudiar la lengua fihdia. Fui a despedirme de ella; me esperaba.

Nos sentamos frente a frente, como de costumbre.

–Te agradezco mucho todo lo que me has enseñado –le dije. Me gustaría volver aquí dentro de un tiempo y consultarte otra vez sobre la posibilidad de que me hables acerca del *gutia*.

–Hazlo –respondió.

–Estoy contenta de haberte conocido y me gustaría volver a verte, si regreso.

–A mí también me agradaría hablar de nuevo contigo.

–Quisiera saber tu nombre antes de irme.

Sonrió. Sí, sonrió.

–El nombre que elegí cuando acepté ser *tanka-la-intu* es Guutiga-Nama. Significa «la que mantiene el fuego encendido», pues es el trabajo que realizo en mi cueva desde niña hasta hoy. Adiós, Rachel Monteverde.

Se levantó y se alejó de mí. Entonces supe que desde hacía tiempo yo ya no la veía gorda ni fea, y que me apenaba la despedida.

De nuevo en Laari

15 días después

El viaje hasta Laari ha sido bastante rápido, y grato también, gracias sobre todo a Darrel, que se preocupó de que viniéramos deprisa y de que yo me sintiera cómoda en su caravana. Es un hombre muy cortés, además de parecerme, no puedo negarlo, muy atractivo. Tan pendiente estuvo de mí en todo momento que llegué a pensar que quería cortejarme.

–Es precisamente lo que hacía –me ha dicho Ridra–, pero sin duda tú no le seguiste el juego. No te preocupes, volverá a intentarlo.

Pues Darrel me ha propuesto que la próxima vez que decida visitar a los fihdia me una a su caravana, la cual, durante el verano, siempre acaba su viaje cerca de la cueva donde vive Guutiga-Nama.

Por fin me he sentado a escribir en mi cuaderno. No he tenido tiempo desde que regresé de Laari: he estado demasiado ocupada ordenando las notas y grabaciones sobre el *imu*, y empezando a escribir la parte de mi *Informe* correspondiente a los fihdia.

Ahora vuelvo a interesarme por algunos aspectos del lenguaje y cultura aanukiens que antes no había abordado.

Ridra me ha ayudado a pasar a limpio todos mis apuntes y grabaciones. Dice que eso la entretiene y anima. Su relación con Ilimanak no va bien. Él quiere marcharse de Aanuk, volver a la Tierra. Le ha propuesto a Ridra que lo acompañe. Pero ella no lo hará.

–Nunca debieron enviarnos a otros mundos –me dijo, ayer por la noche; paseábamos las dos por las afueras de Laari–. Lo hicieron por

amor a nosotros, por amor a Aanuk. Y se equivocaron del todo. Después no querían nada de lo que trajimos.

Le confesé que no acababa de entenderla.

–Los aanukiens son felices porque carecen de ambición. Solo les preocupa lo más inmediato: que haga buen tiempo, la salud propia, de sus hermanos de tribu y de sus rebaños, divertirse en las fiestas… Pero los que nos marchamos fuera sí conocimos la ambición. Ilimanak, por ejemplo. Ya en la Tierra soñaba con llenar Aanuk de espaciopuertos, para que pudiesen venir naves de todos los mundos. Deseaba romper la lentitud de esta vida y que no nos siguieran considerando un pueblo atrasado, primitivo.

«Al regresar aquí lo intentó, ya lo sabes. En vano. Entonces Aanuk se le volvió demasiado pequeño. Piensa en ti misma, piensa si no pudieras realizar tu trabajo porque sabes que no le va a interesar a nadie, si tu ambición de convertirte en la primera investigadora que ha estudiado las lenguas de Aanuk fuese un deseo inútil, destinado desde el principio al fracaso por la indiferencia de quienes te rodean. Ilimanak fue uno de los fundadores de Laari y de quienes empezaron a construir máquinas, pues había estudiado para ello en la Tierra. Sin embargo, los aanukiens las consideraban una especie de juguetes. Aún hoy la mayoría prefiere la vida nómada y se ríen de nosotros, los sedentarios. Ilimanak se llenó de rencor. En la Tierra le habían tratado como a un salvaje curioso de observar; quería demostraros, a los terrestres, que era un hombre con la misma capacidad que vosotros y podía convertirse incluso en el transformador de Aanuk. Y ya te he dicho, aquí, igualmente, solo encontró risas. Como venganza, empezó a despreciar a los aanukiens. Quiere volver a la Tierra para construirse

una nueva vida. Se siente fracasado. Y los aanukiens ni siquiera comprenden lo que es el fracaso».

–¿Y tú? A ti no te ha pasado lo mismo que a Ilimanak, pero estoy segura de que tu viaje a la Tierra te ha influido también.

–Ilimanak y yo hemos estado siempre juntos. Somos de la misma tribu, juntos viajamos a la Tierra, vivimos allí y luego regresamos. Y al volver a este mundo, habíamos perdido ciertas capacidades. Los aanukiens siempre están alegres, tú misma lo dices, pero eso es porque han decidido olvidarse de que existe el dolor y el sufrimiento. Saben que lo hay, desde luego, y lo sienten. Sin embargo, casi todos pasan por él igual que se navega en una barca sobre un lago: sin sumergirse. Apartan de sus mentes lo que no les gusta, como se aparta con los dedos el humo que te viene a los ojos. En eso consiste su inocencia y su alegría. Cuando yo les hablo de mis sentimientos hacia Ilimanak, de mi dolor porque él desea marcharse de Aanuk, dicen: enamórate de otro. Les molesta que yo me atormente, que se atormente Ilimanak, aunque saben que no podemos evitarlo. Así que cierran los ojos para no verlo. En este sentido, los aanukiens somos más ciegos que los fihdia.

Desde ayer, he pensado mucho en todo lo que me dijo Ridra. Quiero ayudarla y no sé cómo. Es curioso; me gustaría pedirle consejo a Guutiga-Nama.

Huida

Treinta y cinco meses desde la llegada

Hace una semana aterrizó en Aanuk una nave comercial terrestre. Venía a ofrecer un cargamento de piensos para ganado del que no había podido deshacerse en Nueva Thule, el planeta habitado más próximo a este. Ante mi sorpresa logró venderle todo a Dajimín a cambio de un buen número de kilos de lana, de mucho más valor.

–Me dio pena ese hombre –me dijo Dajimín cuando le expresé mi opinión sobre el trueque–. Parecía sentirse muy mal por no haber conseguido vender sus piensos.

Mi corazón no es tan bueno como el de Dajimín y he aprovechado para hacerle un encargo gratis al comerciante: le he pedido que lleve el borrador de la primera parte de mi *Informe* al director de la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares. Durante los últimos meses mi trabajo ha adelantado mucho, tengo escritas ya casi doscientas páginas. Y quiero conocer la opinión de mi jefe sobre ellas. Recibiré respuesta dentro de unos seis meses, pues el comerciante ha asegurado que regresará con más piensos, tan contento está del pingüe beneficio obtenido en sus tratos con los aanukiens.

Ayer, el comerciante despegó con su cargamento de lana, el borrador de mi *Informe* y un pasajero aanukien: Ilimanak.

Mis otros compañeros de casa, los padres del niño Narsasuok, han hecho y dicho todo lo posible para convencer a Ilimanak de que su decisión era totalmente insensata. Recurrieron incluso a Dajimín, que habló asimismo con el novio de Ridra. Todo ha sido en vano.

Ella, Ridra, ni siquiera lo ha intentado. Ayer por la noche, como tantas otras veces, salimos a pasear.

–Me ha pedido que me vaya con él hasta el último momento –me contó–. Dijo que debería hacerlo si le quiero tanto como aseguro. Fue cruel.

Se sentó junto a un árbol y empezó a cantar, una larga canción de la que solo recuerdo unos versos. (Como ya expliqué en otra ocasión, para los aanukiens el color azul intenso, *yael*, simboliza la tristeza):

«*Enazulecerá mi corazón, que fue tu casa, tu dormitorio. Azulágrimas recorren mis mejillas. Azulentas las horas van pasando. Solo tu regreso puede destristazulearme*».

Sobre la metáfora aanukien y fihdia

Tres años desde la llegada

El Informe Monteverde

Estoy trabajando sobre uno de los temas que me han resultado más interesantes en estos años de investigación: la metáfora en las lenguas aanukien y fihdia.

El mecanismo básico de la metáfora (una de las figuras literarias más importantes y complejas) es la analogía. La metáfora consiste en la identificación de dos términos en virtud de una semejanza entre ambos. Al igual que cada fonema posee unos rasgos articulatorios que lo diferencian de otros (sonoridad o nasalidad, por ejemplo), cada palabra tiene unos rasgos semánticos o de significado que la particularizan: los semas. La metaforización se realiza estableciendo una correspondencia entre dos términos que comparten uno o más semas.

Las metáforas son frecuentes en el habla común: por ejemplo, cuando a una persona a la que consideramos cobarde la llamamos en mi idioma *gallina*. Todos los hablantes de esa lengua y cultura pueden comprenderlas con facilidad o incluso formarlas.

La metáfora literaria consiste en una creación generalmente individual con intención expresiva y estética. Sin embargo, sigue siendo fácil entender por qué el tedio es una telaraña; el viento, un caballo o un látigo; el amor, una fiebre; el álgebra, un palacio de precisos cristales. Pensemos por ejemplo en una estrella roja como

Betelgeuse, Antares o Aldebarán. Entre sus semas están ese color rojo, la luz, el brillo, el fuego. Si alguien dijese (ya lo hizo un poeta) que esas estrellas son como rubíes encendidos, la correspondencia es clara. Entre los semas de la palabra «rubí» están el color rojo y el brillo.

El pueblo fihdia no entendería estas metáforas. No ve las estrellas, ni los rubíes. Las metáforas fihdias se basan en los semas referidos a la forma, el olor y los sonidos. El sol no será nunca una moneda de oro: es «la caricia de un fantasma». El oro es «una seda dura». La seda, «pétalos de rosa». La rosa, «el aroma de un corazón suavísimo». El viento, «la música de los árboles».

La analogía que construye estas metáforas sigue siendo inteligible. Pero cuando nos enfrentamos a la creación literaria aanukien no ocurre así. En la literatura terrestre se denomina «metáfora visionaria» a aquella en que la analogía entre dos términos existe solo en la mente del creador, es una correspondencia basada en una asociación exclusivamente personal, que tal vez los lectores no podrán comprender nunca. Pues bien, las metáforas aanukiens son siempre de este tipo.

¿Por qué, para ellos, el corazón es «un lento navío de oro»; el crepúsculo, «un escudo»; el amanecer, «una fiebre de origen desconocido»; la muerte, «un icosaedro de perfección inigualable»?

Y, sin embargo, cualquier aanukien dice entender con toda facilidad esas metáforas y las considera tan claras y sencillas como lo es en mi opinión comparar una estrella roja con un rubí.

Oscuridad y luz

Cuaderno personal

Consejos lingüísticos

Tres años y seis meses desde la llegada

Hoy, al sentarme frente a mi cuaderno para contar que el comerciante terrestre que nos visitó hace seis meses ha regresado, me he dado cuenta de que no he escrito prácticamente nada en él desde entonces. Aunque eso sí, estoy terminando la segunda parte de mi *Informe*.

El tiempo pasa muy deprisa. Más de lo que yo quisiera.

El comerciante ha vuelto con más piensos y con una carta de mi jefe. Yo me he limitado a darle las gracias y Dajimín no ha comprado ni un kilo pese al enojo del mercader.

-Debería enojarme yo -le ha dicho el *paava* al terrestre-. La vez pasada quise hacerte un favor. Tú me tomaste por tonto. No lo soy. Ni yo ni ningún aanukien.

Así que la visita ha sido corta y de nuevo soy la única terrestre en este mundo.

El director de la Sociedad, en su carta, elogia mi trabajo, el borrador que le envié. Pero me ha hecho algunas observaciones. La primera es muy curiosa. Dice que leyendo mi *Informe* se puede llegar a la conclusión de que los aanukiens son una cultura tan extremadamente honesta en la expresión de sus sentimientos que es incapaz de mentir. Y me recuerda, por si se me ha olvidado, lo que cualquier lingüista sabe: que la prevaricación (es decir, la posibilidad

de emitir mensajes falsos) es una propiedad de todas las lenguas humanas (no así del lenguaje animal).

"O los aanukiens son un caso extraordinario", me escribe, "o tú tienes una visión demasiado idílica de ellos. Ten cuidado con eso".

Si mi jefe estuviera delante de mí, le enseñaría los dientes y le diría, con toda sinceridad, lo que pienso de él: que es un imbécil. Podría ponerle ahora mismo un ejemplo muy claro de que los aanukiens sí saben mentir. No lo haré porque me estoy refiriendo a Ridra Jaan. Y a un asunto que solo voy a contar aquí, en este cuaderno.

Tras la marcha de Ilimanak me sorprendió (nos sorprendió a todos sus amigos) que Ridra se mostrara tan tranquila, resignada, podríamos decir. Ahora hay una nueva sorpresa: ha iniciado una relación sentimental con Quanuuk Kovba, el hijo de Dajimín y hermano de Darrel. Quanuuk es un muchacho muy guapo, aunque bastante más joven que Ridra. Pero el problema no está en la diferencia de edad, sino en que él continúa siendo, en su modo de pensar y actuar, un niño. ¿Está buscando Ridra en él esa inocencia aanukien que perdió en sus años de exilio? Se lo he preguntado y me ha dicho que no. Que se siente muy a gusto con Quanuuk, que ya no recuerda a Ilimanak, y que está llena de alegría. Me ha mentido.

Al final de la carta el director me da un consejo que es una exigencia velada: no puedo irme de Aanuk sin hacer un nuevo intento para averiguar todo lo posible sobre el *gutia*, el idioma exclusivo de las *tanka-la-intu* fihdia.

Darrel me aseguró que en cuanto empezara el verano pasaría por Laari, para visitar a su padre, Dajimín, y a sus hermanos, antes de que su caravana inicie el viaje anual hasta el bosque. Y ya empieza a hacer

calor, el verano está muy próximo. Sin duda la compañía de Darrel será la mejor en mi regreso a la región de los fihdia.

Vida nómada

Dos meses más tarde

A los pastores nómadas aanukiens les gusta tanto la música como el silencio. Muchas tardes, después de cenar (lo hacen muy pronto) se reúnen alrededor de una hoguera y cantan. Pero otras, no. Otras se sientan junto a un árbol y miran el firmamento, las dos lunas de Aanuk, o el río a cuya orilla han acampado, o las montañas negro–azuladas hacia las que se dirigen. Permanecen inmóviles y callados, escuchando sólo los ruidos del bosque. En general hablan mucho menos que los habitantes de Laari, y su vocabulario y expresiones más usuales varían respecto a los que utilizan los aanukiens sedentarios. Son estas diferencias las que yo como lingüista tengo más interés en analizar.

Darrel busca en su memoria muchas de esas palabras y expresiones peculiares de los nómadas. Incluso se inventa canciones con ellas. Canta para mí. Y es que me está cortejando, como me avisó Ridra. No obstante, no ha tenido ningún reparo en decirme que una prima suya, de Laari, le pretende como novio, y que ella le gusta también. No sé si escribir esto en mi *Informe* como una prueba de que los aanukiens tienen poca costumbre de mentir.

Lo cierto es que Darrel me atrae. Tiene treinta y cinco años, es el primogénito de Dajimin, y siempre ha sido un nómada. Incluso cuando gran parte de los Kovba, su tribu, decidió hacerse sedentaria e instalarse en Laari, y elegir a su padre como paava, él prefirió continuar con su modo de vida anterior, la del pastoreo trashumante. Asegura que le sería insoportablemente aburrido permanecer en el

mismo lugar durante todo el año. Además, es uno de los aanukiens que mejor conoce la Tierra Grande.

–Hace años fui explorador. Viajaba en mi *kiita*, sin necesidad de esos aparatos que quiso construir gente como Ilimanak. También navegué por el océano.

–¿No te gustaría viajar por el espacio y conocer otros mundos? –le he preguntado.

–Me gustaría, pero sé lo que les ha ocurrido a quienes lo hicieron, a Ilimanak, a Ridra, a otros. Es un salto demasiado grande para los aanukiens. Todavía no estamos preparados.

Reencuentro

Luego de tres meses y medio de viaje nos encontramos ya al pie de las montañas del norte. La caravana se ha instalado junto a un río, en una zona de buenos pastos. Una vez se organizó el campamento, Darrel y yo nos dirigimos hacia la cueva donde vive Guutiga-Nama, a casi ocho horas de camino desde el asentamiento aanukien. Llevábamos dos *kiitas* cargados de cereales y legumbres para vender a los fihdia a cambio de pescado y marisco. El grupo de Darrel nunca ha comerciado con los habitantes de esa cueva, pero a él le parece un buen plan intentarlo, además de ayudarme a convencerlos para que me permitan estudiar el *gutia*. Darrel no siente recelo alguno ni enemistad hacia los fihdia. Cree que sería beneficioso para los dos pueblos el relacionarse más. Y que los pobladores ciegos de las cavernas han desarrollado su capacidad para el pensamiento mucho más que los aanukiens.

–Es como si ellos fueran la cabeza, y los aanukiens, el corazón. Nosotros preferimos vivir sin pensar demasiado; ellos intentan controlar la vida con ideas. Si nos comunicáramos, quizás seríamos todos más completos.

Decisión

Una semana después

Hoy al alba nos ha despertado un tambor fihdia. He tenido que levantarme, que abandonar el saco donde dormía con Darrel para acudir a esa llamada.

Afuera el aire era frío y húmedo. La fihdia que se ha encargado de hablar conmigo todos estos días me estaba esperando. Al oírme llegar y detenerme frente a ella, me ha dicho:

–En cuanto a tu petición de que te permitamos conocer el *gutia*, la divinidad ha respondido que no.

Y se ha marchado. No hay nada más que decir.

Acontecimiento inesperado

La respuesta de los fihdia no me sorprendió. En cierto modo la esperaba. No obstante, mientras Darrel y yo regresábamos al campamento nómada me sentía preocupada por mi futuro profesional. Imaginaba al Director de la Sociedad, con gesto compungido, explicando que mi «lamentable fracaso» en el tema del *gutia* invalidaba todos los demás logros de mi viaje a Aanuk.

Pero una noticia –esta sí totalmente inesperada– postergó por completo mi preocupación. Fue que, al llegar al campamento, los compañeros de Darrel nos informaron de que Ridra había aparecido tres días antes: sola, en *kiita* y agotada por un viaje hecho a toda prisa.

–Descansa desde entonces –nos dijo la *paava* del grupo nómada–. Ese viaje loco la ha enfermado, el viaje y algo que le ocurrió en Laari y que no nos ha querido explicar. La enfermedad no está solo en su cuerpo. Viene en tu busca –se dirigía a mí.

La *paava* nos señaló una tienda.

Ridra no dormía, pues se incorporó en cuanto la llamé. Su expresión era de fatiga. Me senté junto a ella.

–¿Qué ha pasado?

–He huido de Laari. Quanuuk me ha dicho que no quiere seguir conmigo. Es mejor así, porque tampoco yo le quiero realmente. Pero no voy a volver allí. He decidido irme contigo cuando regreses a la Tierra, para buscar a Ilimanak.

No supe qué decir. Sigo sin saberlo.

Eso fue ayer. Ridra continúa sin levantarse. Paso largos ratos junto a ella. Como siempre suelo llevar conmigo, en mi equipaje, algunos

libros terrestres, leo a los poetas que más me gustan. Darrel entra en la tienda a veces y le pregunta:

–Ridra ¿quieres dar un paseo con Rachel y conmigo?

Ella responde que no.

Por la tarde, un pastor aanukien se sitúa junto a la tienda y canta hasta bien entrada la noche.

Yo he tomado una decisión: mañana iré de nuevo hasta la cueva fihdia, en busca de Guutiga-Nama. Por alguna oscura razón, creo que ella es la única que puede decirme, en este momento, cómo ayudar a Ridra. Tal vez me equivoco. Sin embargo, lo intentaré.

Se lo he dicho a Darrel.

–Sí, inténtalo –ha sido su consejo.

Obstinación

Frente a la cueva de los fihdia, he gritado quién soy y que deseo hablar con ellos. Varias veces. Por fin, en la boca de la caverna han aparecido algunas cabezas curiosas, que han vuelto a perderse en la oscuridad con toda rapidez.

Luego, ha salido a mi encuentro la *tanka-la-intu* que habló conmigo hace unos días.

–¿A qué has venido? –me preguntó. Su tono era claramente de enojo.

Le he dicho lo que quería: hablar con Guutiga-Nama. Y que mi petición no tenía nada que ver con el asunto del *gutia*. Y que no iba a marcharme sin haber logrado mi objetivo.

Ha clavado sus ojos en mí como si pudiera verme y ha permanecido varios minutos en silencio.

–Espera –dijo, al fin, y volvió a su refugio.

Una hora, dos, tres, cinco. Durante todo ese tiempo, pensé muchas veces que mi esperanza era absurda: y mi espera, inútil.

Poco a poco, sentada junto a una roca, me quedé dormida. Al despertar, Guutiga-Nama estaba frente a mí. No pude evitar hacerle una pregunta:

–¿Cómo has podido localizarme? –pues yo me había alejado del lugar habitual en el que ocurrían nuestros encuentros.

–Escuché tu sueño –dijo, y suspiró–. Eres obstinada, Rachel Monteverde. ¿Por qué me buscas con tanto empeño?

Se lo expliqué todo.

–¿Y crees que yo puedo ayudar a tu amiga aanukien? Los aanukiens se sienten satisfechos con sus cantos y su música, sus risas y

sus fiestas. Se consideran inocentes y puros, pero en realidad pueden llegar a ser perversos. Como lo ha sido Ilimanak con Ridra, como lo han sido todos ellos con nosotros muchas veces.

–Ellos viven enclaustrados en una especie de perpetua infancia, vosotros en las cuevas y en el amor a una divinidad –respondí–. Los aanukiens son crueles con los fihdia; los fihdia, injustos y rencorosos con los aanukiens. No tengo la menor idea de cómo podéis solucionar vuestros conflictos. Solo trato de que me ayudes para que Ridra comprenda que puede vivir en Aanuk y tener paz consigo misma, aunque no sea como los demás aanukiens. Igual que los fihdia sois capaces de vivir en este mundo y de sentir alegría, pese a vuestra condición diferente, vuestra ceguera.

Hubo un leve gesto en el rostro de Guutiga-Nama, como si mis palabras hubiesen alterado por un instante el perfecto dominio de sus emociones.

–Quiero traer a Ridra aquí –continué– para que os oiga cantar como yo os he oído, y os vea vivir en el exterior de la cueva, como me dijiste que hacéis.

Guardó silencio, yo también. No sé cuánto tiempo, casi una hora, quizás.

–Tráela, entonces –decidió al fin. Sin duda había hablado su conciencia, no la divinidad.

Luz y oscuridad

Cinco días después

Guutiga-Nama tiene una hija de dos años. Le está enseñando a conocer el mundo. La conduce de la mano por toda la cueva para que toque las paredes, sepa dónde debe tener cuidado con los resaltos de la roca y hasta dónde puede adentrase por los pasadizos más angostos y profundos. La niña escucha muy atenta y lo palpa todo. También a Ridra y a mí. Su madre le ha explicado que somos distintas a todas las personas que conoce; que Ridra es aanukien, la primera que ha entrado en una cueva fihdia; y que yo vengo de muy lejos, de un lugar más allá de ese cielo que ella no podrá ver nunca.

Luego la lleva al exterior, al aire libre, hasta los árboles que dan frutos que se pueden comer y hasta las zonas donde se crían las setas que tanto gustan a su comunidad. Y más lejos, al mar, a los fiordos en los que pescan los fihdia lanzando al agua, por la noche, redes que recogen al amanecer. Y a los acantilados por los cuales se aventuran en busca de marisco, guiándose únicamente por su oído, su olfato y su tacto.

Ridra dice «yo creía que eran tristes, que tenían que serlo por vivir encerrados siempre en cuevas». Pero lo cierto es que los habitantes de las cavernas pasan buena parte del día en el exterior. Cuando no trabajan, salen en pequeños grupos, se sientan a conversar entre los árboles o se bañan en las aguas menos profundas de los fiordos. Y se muestran alegres, tanto fuera como dentro de su refugio.

Desde luego, no son tan sonrientes ni festivos como los aanukiens. Sin embargo, dan gritos de ánimo a aquellos que se atreven a trepar por los acantilados para capturar unos cangrejos realmente exquisitos,

y gritos de júbilo si sus compañeros atrapan esas presas. Ríen de buen grado al contarse anécdotas cómicas en sus charlas entre los árboles; aunque, eso sí, prefieren las historias de miedo, que escuchan muy juntos temblando con evidente placer.

Ridra dice «yo pensaba que eran severos de espíritu y que consideraban su ceguera como un castigo de su divinidad, por un pecado remoto de su raza, que tenían que expiar aquí, en Aanuk». Sin embargo, para los fihdia, Aanuk es su mundo y les gusta. Y la vida y la ceguera no son un castigo.

–En cierto modo, las *tanka-la-intu* sentimos nuestra ceguera como un don de la divinidad –nos ha explicado Guutiga-Nama–, pues en lo oscuro, el espíritu puede concentrarse mejor en el diálogo con ella. Sé, no obstante, que los *tolnumu* aceptan la oscuridad porque no imaginan vuestra luz. Tal vez si la imaginaran se rebelarían contra su condición y contra la divinidad que se la ha dado.

La religión fihdia es como casi todas las religiones: a veces, terrible; otras, un consuelo y una fuerza para sus fieles. Sus leyes (aquí no se equivocaban los aanukiens) son muy estrictas; sin embargo, en ella no existe un infierno –un paraíso, sí–, pero hay un castigo para quien incumple gravemente esas normas, y me parece que es un castigo peor que la amenaza de un suplicio eterno después de la muerte: al fihdia culpable se le condena expulsándole de su grupo, y tiene que sobrevivir solo. ¿Cómo no calificar de atroz esa soledad ciega en el bosque?

Realmente son las *tanka-la-intu* quienes imponen las leyes a sus grupos y su mando es tan maternal y protector como férreo. Quizás algún día los *tolnumu* tengan que rebelarse contra ellas para ser más libres. Pero también es cierto que los fihdia necesitan estar unidos a fin

de que su discapacidad física no les dificulte gravemente la supervivencia.

Darrel cree que su ceguera les ha hecho más sabios que los aanukiens. No opino lo mismo, aunque sí pienso que los fihdia han desarrollado la razón en vez de los sentimientos, a diferencia de los otros habitantes de Aanuk. Quizás podría decirse que son más adultos, pues han sido capaces de aceptar su falta de visión, de vivir con ella. Y me parece que Darrel confunde la sabiduría con la serenidad. Este rasgo del carácter de los fihdia es, indudablemente, uno de los que más llaman la atención cuando se los conoce a fondo. Resulta curioso no obstante: ellos que viven en una región salvaje y tormentosa, llena de torrentes, son racionales y serenos, y su pensamiento discurre por la vida como esos ríos que cruzan, anchos, lentos y tranquilos, la llanura de la Tierra Grande, allí donde habitan los aanukiens, tan primarios en su modo de pensar y de vivir como aquellos torrentes recién nacidos.

Un poema fihdia

He aquí un poema en prosa que me enseñó Guutiga-Nama. Es un ejemplo del tipo de creación literaria de los fihdia en lengua *imu* y resulta muy representativo de cómo perciben el mundo. La traducción, desde luego, ha sido difícil, espero haber conseguido un resultado al menos aceptable. Creo que es fácil saber su tema.

«*Cruje bajo mis sandalias de madera, en la estación fría, cuando debo cubrirme los pies con abrigo animal. Es un crujido leve, susurrante. Cae del cielo y no hace ruido, se queda sobre la ropa, los cabellos, la palma de la mano. Y se deshace. Antes, el aire puro corta como el filo de una piedra muy tallada, erosiona la garganta, me hace tiritar. Pero luego, de pronto, todo se transforma en silencio y hasta el frío da una tregua, entonces me gusta salir al exterior y sentir esos pedazos en mi boca, los saboreo por puro placer. Y oigo a las criaturas gritando y con esa sustancia de arena fría construyen figuras geométricas, a veces retozan por el suelo, abrazadas, riéndose mucho. El tiempo del calor es dulce como la fruta almibarada, los aromas del bosque cuando la vegetación resurge son intensos y lo llenan todo, al caer las hojas divierte pisarlas y dormir sobre ellas como en un manto acolchonado. Pero el tiempo de sol corto también tiene su belleza, el helor manso que viene del cielo.*»

El *gutia*

Esta tarde, Ridra ha invitado a Guutiga-Nama a que nos acompañe, junto con su hija, a dar un paseo por el bosque. Guutiga aceptó. Caminamos hasta mucho más allá de lo que suelen hacerlo los fihdia. Yo le ofrecí mi hombro a la *tanka-la-intu*, que puso la mano en él y me siguió sin miedo, un paso por detrás; Ridra llevaba en brazos a la niña pequeña. Habíamos andado bastante cuando decidimos sentarnos a descansar en un claro entre los árboles.

Entonces, Ridra se puso a explicarle a Guutiga-Nama que el bosque, allí, era rojo.

–El rojo produce, en la vista, una impresión tan intensa como el calor del fuego. El azul, sin embargo, es como el agua fría. La montaña en que tú vives es azul. Y negra. El negro se parece a un sueño tranquilo.

Guutiga-Nama asentía con la cabeza. Después cogió a su hija y la sentó en sus rodillas, y le repitió, en *imu*, las palabras de Ridra, que había hablado en aanukien. Y luego, de pronto, inició una larga letanía en una lengua desconocida para mí. Tardé en darme cuenta de que estaba escuchando, por fin, el *gutia*.

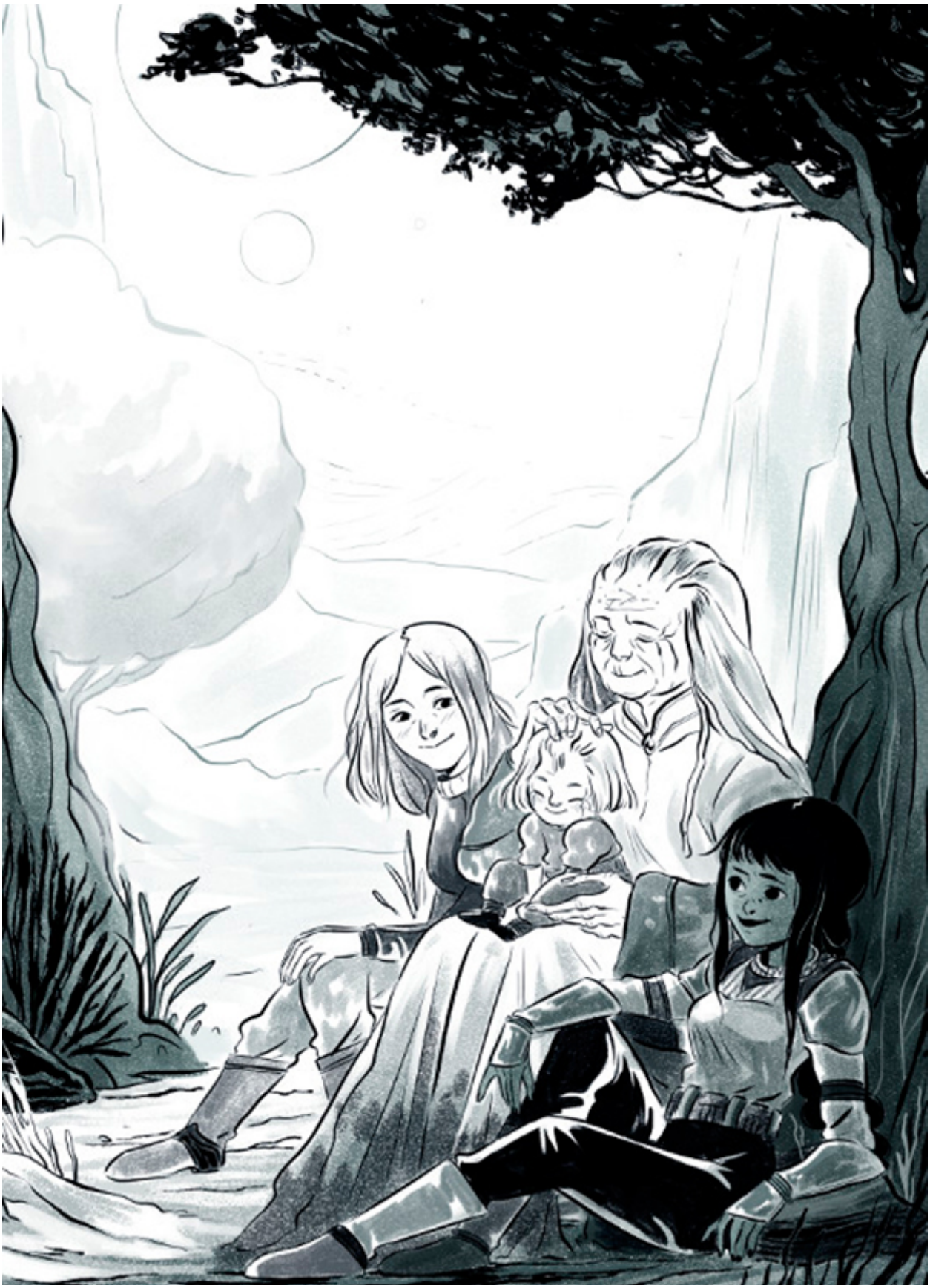
Al terminar, la *tanka-la-intu* se volvió hacia nosotras con una sonrisa bien amplia y clara, como si le divirtiera enormemente la transgresión que iba a cometer.

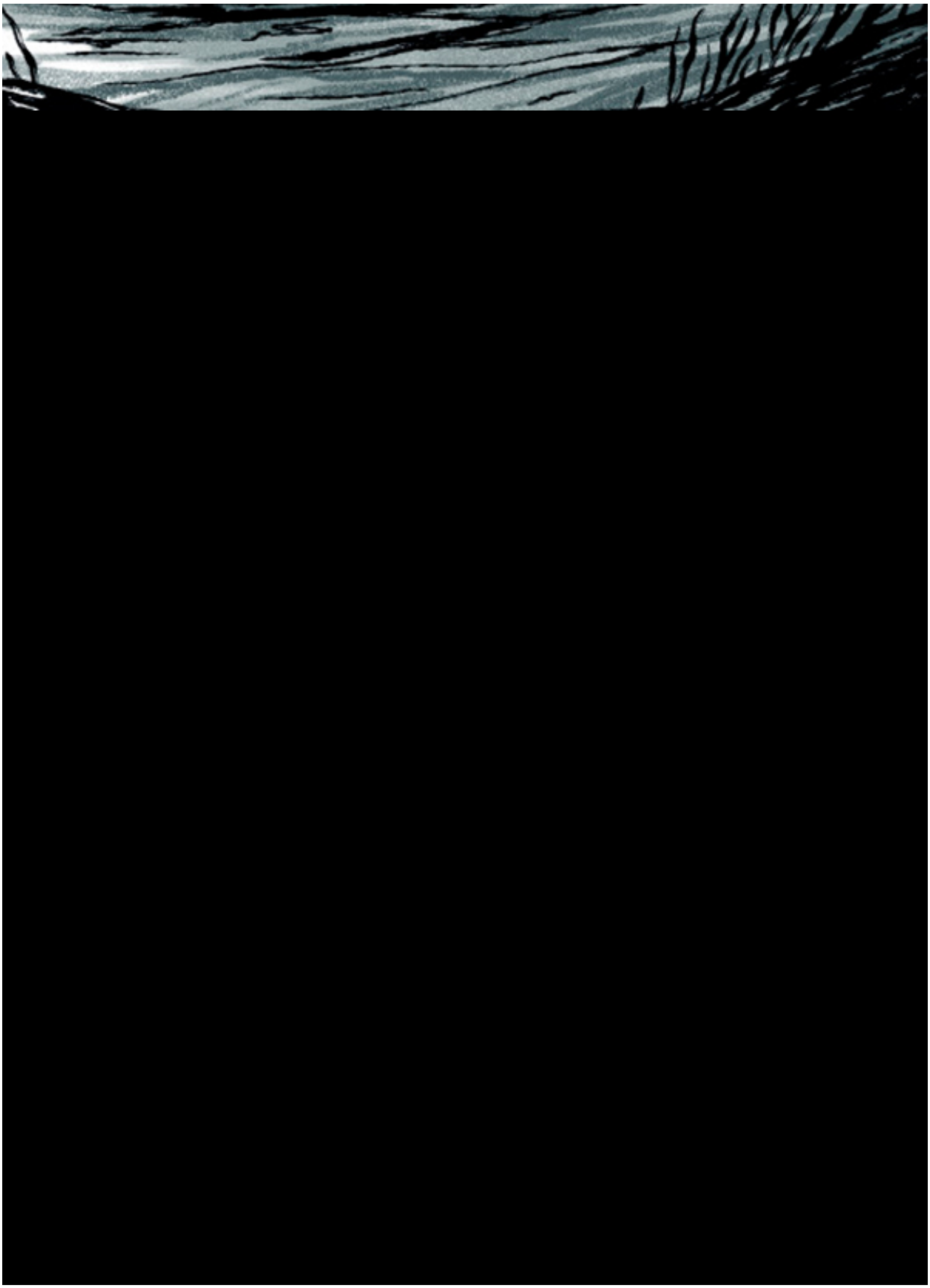
–La divinidad prohíbe que el *gutia* sea traducido al idioma común de los fihdia, pero nunca dijo que no pudiera traducirse al aanukien.

Yo no tenía mi cuaderno de notas ni mi grabadora. Y sabía que Guutiga-Nama no iba a repetir aquella traducción. Al principio traté de memorizar sus palabras; luego comprendí que era inútil y me dejé llevar por el placer inmediato que el salmo me producía.

El lenguaje del *gutia* es un lenguaje de amor, casi erótico, y de una belleza tal que creo que nunca me cansaría de escucharlo, una y otra vez. Pero eso no ocurrirá y yo solo recuerdo algunas frases, fragmentos rotos, y una pasión tan ardiente por la divinidad como en la poesía mística de mi mundo.

–En el *gutia* –nos dijo la fihdia– hay trescientos ochenta y ocho salmos. Todos tienen su razón y su momento de ser, dirigidos a la divinidad. En este caso, le doy las gracias porque tengo amigas que me han enseñado algo que no sabía sobre el mundo.





Futuros

Cuatro años, ocho meses y veinte días desde la llegada

Entre otras muchas cosas, debo agradecerles a los aanukiens que me hayan enseñado a no hacer nada.

Ahora, por las tardes, me siento en la puerta de mi casa de Laari, a tomar el sol, a ver cómo pasa la gente. Me saludan, yo les saludo, conversamos.

Por la mañana, trabajo, pero ya no en mi estudio lingüístico. Hace varios meses que lo terminé. Desde entonces, ayudo en el pueblo. Me ocupo de alimentar, cuidar y ordeñar las cabras. Luego regreso a casa, comemos juntos Ridra, Narsasuok, sus padres y yo. Dormimos un rato. Al despertar salgo a sentarme fuera, con Ridra. Ella prefiere buscarse una ocupación. Le gusta coser, sobre todo. Teje con lana ropa para un niño pequeño. El mío, el que yo tendré.

Ha sido una buena sorpresa para todos, incluso para mí. Supe que estaba embarazada al regresar a Laari desde el bosque.

Cuando se lo dije a Darrel, abrió mucho los ojos y respiró con fuerza.

–¿Y qué haremos?

–Tú te marcharás con tu caravana y yo me iré a la Tierra. ¿No te parece lo mejor?

Asintió. Debía de sentirse muy confuso.

–No te preocupes, Darrel –le expliqué–. No hay ningún problema.

Él ya se ha marchado.

Todos en Laari se han sorprendido, y también alegrado. Ridra, tal vez, más que nadie. El tiempo que pasamos en el bosque parece haber

aliviado sus preocupaciones, y su melancolía. No ha vuelto a pensar ni por un instante en irse a la Tierra. De todas maneras, los padres de Narsasuok, y Dajimín, me han prometido que la cuidarán cuando yo no esté.

Dajimín está tan orgulloso de saber que será el abuelo de ese terrestre–aanukien (aunque sepa asimismo que probablemente nunca lo conocerá) que desde el principio se apresuró a dar la noticia de mi embarazo a todo Laari. Y ni que decir tiene que de inmediato se puso a organizar una fiesta.

A mi lado, hoy Ridra susurra una música y una letra que se está inventando. Al terminar, va en busca de su *hachol*, vuelve y acompañada por él canta en alto. Es una canción de cuna para mi hijo.

Cierro los ojos para escuchar su voz tan dulce y el hachol que llora. La canción dice: «*Duerme, querido mío, muy pronto comprenderás que quien te ama no siempre puede estar cerca de ti*».

–¿Lo traerás algún día, para que conozca Aanuk? –me pregunta, después.

Me gustaría. Con los ojos aún cerrados, veo el océano amatista que rodea la Tierra Grande; las abruptas montañas y los fiordos añiles donde se ocultan los fihdia, donde vive Guutiga-Nama; la llamarada de los árboles en el otoño aanukien; los lentos ríos dorados en las tierras llanas; la blancura de sal de las playas del sur, las dunas de un rosa denso como una crema. Todo lo que muy pronto, cuando la nave venga en mi busca, quedará muy lejos.

La fiesta que organizó Dajimín para celebrar mi embarazo fue ayer por la noche (habrá otras, sin duda, antes de mi marcha). Lo pasamos muy bien, pero yo me retiré pronto porque me sentía cansada. Los

dejé a todos allí, alrededor de la hoguera, diciéndome hasta pronto. Como un ensayo de lo que será la despedida auténtica. Entre aquellos rostros se destacan, igual que fotografías, la cara tranquila y alegre de Dajimín Diala–Narsak Kovba, un hombre bueno, y la sonrisa triste, el gesto de adiós con la mano de mi amiga Ridra Jaan.

Nota final

Por H. S. A. Jartum

Un año después de su regreso a la Tierra, la doctora Rachel Monteverde publicó su Informe *Primera aproximación al estudio de las lenguas del planeta exterior Aanuk*, conocido popularmente entre los Lingüistas como *Informe Monteverde*. La obra se convirtió pronto en un manual de consulta clásico para los estudiantes de Lingüística Comparativa.

Ningún otro investigador ha viajado de nuevo a Aanuk. Todos los proyectos que se presentaron ante la Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares, con el apoyo de la doctora Monteverde, fueron rechazados por motivos económicos, según ella misma me explicó en la entrevista concedida para la Nueva Enciclopedia Galáctica, parte de la cual se incluye al principio de esta nueva edición de su *Informe*.

El hijo de Rachel, Narsak Monteverde, es también lingüista; ambos llevan años tratando de reunir personalmente y a través de donativos los fondos necesarios para que Narsak (o al menos los hijos de este, pues ya tiene dos) puedan algún día conocer Aanuk.

Crononauta

Crononauta es una editorial alternativa y sin ánimo de lucro, cuyo propósito es reivindicar una tradición marginal en nuestro mercado: literatura de género con perspectiva de género. Es decir: enfoques alternativos para abordar la ciencia ficción, la fantasía y el terror, que hagan hincapié en las cuestiones de diversidad y feminismo.

Web: **www.crononauta.es**

Twitter: **@cronoCiFi**

Instagram: **@cronocifi**

La poderosa Sociedad para el Estudio de las Lenguas Interestelares encomienda a Rachel Monteverde la investigación sobre el remoto planeta de Aanuk. Allí habitan dos especies que apenas se relacionan entre sí: los aanukiens, nómadas y alegres, y los misteriosos fihdia, cuya ceguera congénita y vida en las cavernas los aísla de sus compañeros de mundo y, a su vez, del resto de especies de la galaxia.

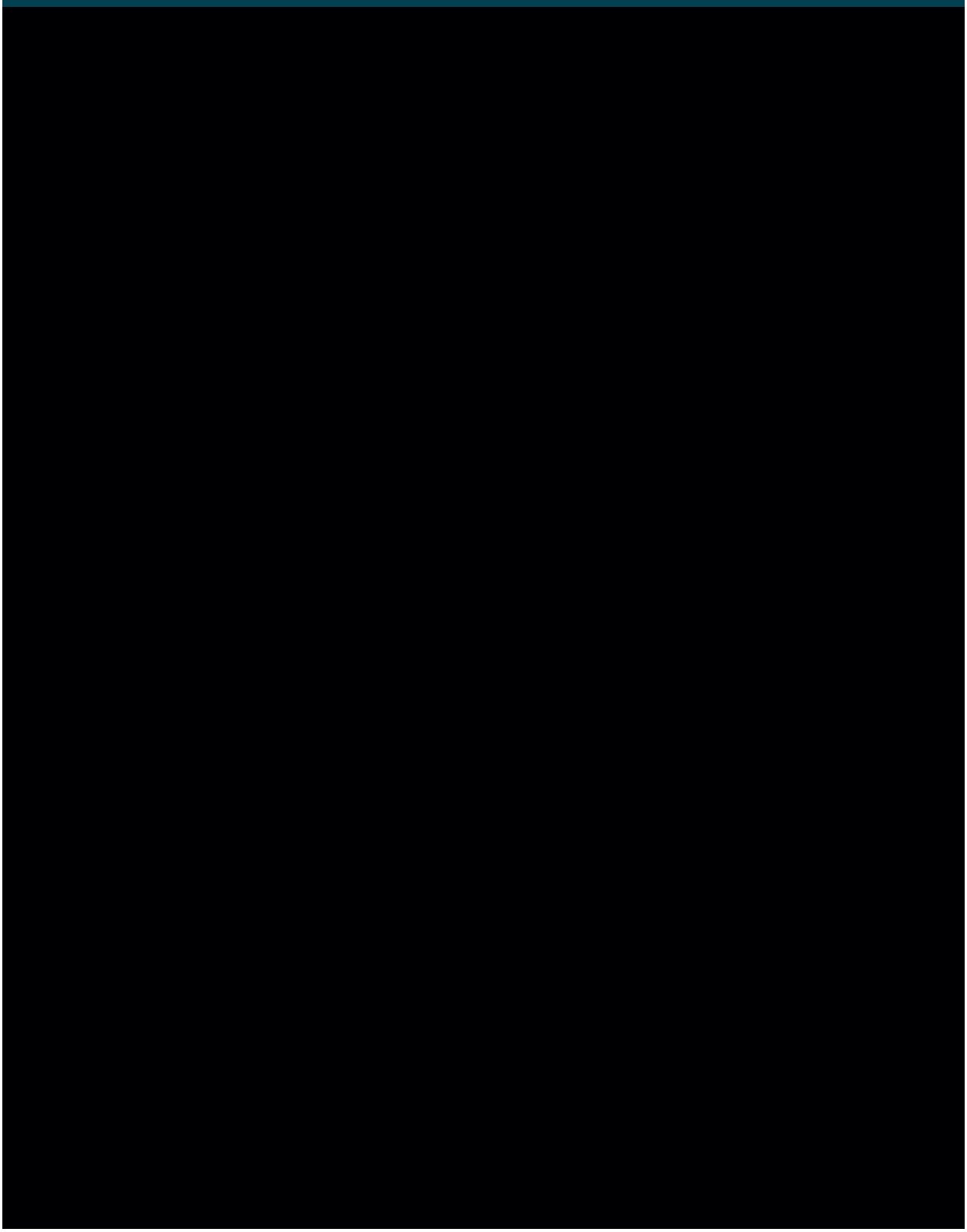
Fragmentos del informe se intercalan aquí con entrevistas y el cuaderno personal de la doctora, cuyas impresiones sobre el planeta, junto a la dificultad al traducir lenguajes y costumbres de estos pueblos, no solamente terminan por transformarla a ella, sino que suponen un ejercicio de exploración en la esencia de los vínculos humanos.

Recuperamos este texto esencial de la ciencia ficción en castellano, ampliado por la autora tras la edición publicada en los Estados Unidos, y acompañado de las **ilustraciones de Marina Vidal**.

«Mitad informe lingüista y mitad memorias, El Informe Monteverde es una historia sobre la confrontación entre culturas y los lazos del lenguaje; lo querrás leer de una sentada.»

Rachel Cordasco, SFinTranslation.com

ISBN 978-84-947958-3-1



Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos.

Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Índice

Portada (IR)

Sobre Sobre Lola Robles (IR)

Sinopsis (IR)

Créditos (IR)

▼ El Informe Monteverde (IR)

- Nota preliminar (IR)

▼ Entrevista a la doctora Rachel Monteverde (IR)

- Aanuk I (IR)
- (Continuación de la entrevista) (IR)
- Aanuk II (IR)
- (Continuación de la entrevista) (IR)
- Laari (IR)
- (Continuación de la entrevista) (IR)
- El *yir* (IR)

- Primeros días (IR)
- Sobre el campo semántico de los colores en el idioma aanukien (IR)
- Orígenes (IR)

- Preparativos de viaje (IR)
- Los fihdia (IR)
- Intervalo de espera (IR)
- Primeras observaciones sobre la lengua fihdia (IR)

▼ En el corazón de la tempestad (IR)

- Tormenta.
  (7 días después) (IR)
- Despedida (IR)
- De nuevo en Laari.
  15 días después (IR)
- Huida.
  Treinta y cinco meses desde la llegada (IR)

- Sobre la metáfora aanukien y fihdia (IR)
- Oscuridad y luz (IR)
- Futuros (IR)
- Nota final (IR)

Sobre Crononauta (IR)

Contraportada (IR)

Recomendación final (IR)

Índice (IR)